

# MAMÁ Y EUSEBIO

HUMBERTO JARRÍN B.



**Valle  
Invencible**



**GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA**  
Secretaría de Cultura

Colección de  
***Autores Vallecaucanos***  
Premio Jorge Isaacs 2022



Colección de  
***Autores Vallecaucanos***  
Premio Jorge Isaacs 2022

Mamá y Eusebio

---

# MAMÁ Y EUSEBIO

COLECCIÓN DE AUTORES  
VALLECAUCANOS

Humberto Jarrín B.

---

Mamá y Eusebio

---

# MAMÁ Y EUSEBIO

## COLECCIÓN DE AUTORES VALLECAUCANOS

Modalidad: Literatura Infantil  
Humberto Jarrín B.

Secretaría de Cultura  
Gobernación del Valle del Cauca  
Premio Jorge Isaacs

Cali, Valle del Cauca Diciembre 2022



Humberto Jarrín B.

---

Gobernación del Valle del Cauca

Clara Luz Roldán González  
Gobernadora

Leira Giselle Ramírez Godoy  
Secretaría de Cultura

Beatriz Escobar  
Líder del Programa

Mamá y Eusebio  
© Autor: Humberto Jarrín B.

Jurado calificador Concurso Autores Vallecaucanos - Modalidad Literatura Infantil  
Silvia Andrea Valencia Vivas, Paola Andrea Fernández Zapata y Maria del Pilar Vélez Escobar.

Diagramación e impresión:

**IMPRETICS** E.I.C.E.

[www.imprentadepartamental.gov.co](http://www.imprentadepartamental.gov.co)

Colección Autores Vallecaucanos  
Editor: Secretaría de Cultura Valle del Cauca  
Edificio San Francisco, piso 2 - Tel. 886 00 63

Diseño de ilustración de portada: Andrés Agredo, asistido por AI, Midjourney.

ISBN: 978-628-95365-3-9

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización de los editores y de los propietarios del copyright

Cali, Colombia, Diciembre 2022



# CONTENIDO

Orni-onir, la cometa-pájaro .....	15
1 .....	17
2 .....	21
3 .....	25
4 .....	31
Ictio, se nos va Ictio .....	43
I .....	45
II .....	51
III .....	53
IV .....	55
V .....	59
VI .....	61
VII .....	63
El árbol de hojas-mariposas .....	73
1 .....	75
2 .....	79
3 .....	81
4 .....	83
5 .....	85
6 .....	87
7 .....	89
8 .....	91
9 .....	93
El día que se enfermó la A .....	103
1. DONDE SE DA CUENTA DE CÓMO DOS SUCESOS SE JUNTARON .....	105

2. DONDE SE CUENTA EL ORIGEN DEL PROBLEMA DE LA A .....	106
3. DONDE SE CUENTAN LOS EFECTOS DE LA FALTA DE LA A .....	108
4. DONDE SE CUENTAN LAS PRIMERAS SOLUCIONES AL PROBLEMA DE LA FALTA DE LA A .....	111
5. DONDE SE RELACIONAN ALGUNAS ACTIVIDADES DEL CHICO QUE QUIERE SER ESCRITOR .....	114
6. DONDE SE CUENTA CÓMO BUSCAN UNA NUEVA Y POSIBLE SOLUCIÓN .....	117
7. DONDE SE CUENTA UNA NUEVA ALTERNATIVA AL ALFABÉTICO PROBLEMA .....	121
8. DONDE SE CUENTA CÓMO DE MANERA INESPERADA ENTRA EN ESCENA OTRO PERSONAJE .....	125
El avioncito que no sabía volar .....	133
Elemento I: el fuego del enigma .....	135
Elemento II: el agua de la duda .....	137
Elemento III: la tierra del no saber .....	140
Elemento IV: el aire de la esperanza .....	143
Elemento V: la noche que ilumina .....	148
Elemento VI: el metal del espíritu .....	151
Elemento VII: los vientos del triunfo .....	157

# MAMÁ Y EUSEBIO



Para mi hijo Víctor Manuel.  
Para mi nieta Mía Gabriela.  
La sangre espirituosa escalona,  
salta con los años  
de uno a otro corazón.



**S**e llamaba Eusebio. De lo primero que me habló fue de su nombre.

—La etimología, o mejor, la *onomástica* —palabras que yo, a mis diez años, en esencia desconocía— dice que el nombre Eusebio, viene del griego *eu*, que significa bueno, y del latín *pius*, que significa piadoso, en una palabra, de buenos sentimientos.

Y sí, así era Eusebio, un hombre de buenos sentimientos.

Tenía Eusebio la piel oscura, las manos huesudas, lisas y con pecas como si estuvieran untadas siempre de aceite de coco, como la cáscara brillante de un chontaduro; la cabeza llena de una pelusa plateada, enchurruscada, a la vista suave y esponjosa, que me recordaba las esponjillas de brillo con que mamá combatía el óxido y el tiempo de las ollas en la cocina.

—¿Y la etimología o la *onomástica* de mi nombre? —pregunté de inmediato, no quería desaprovechar aquellas nuevas ciencias que este señor conocía, *etimología* y *onomástica*, y que descubrían para uno lo oculto de los nombres.

—¿Cómo te llamas?

—Manuel.

—Bueno, el nombre Manuel, tiene otro origen.

—¿Cómo otro? ¿Eso es malo?

—Je, je, je... No, muchacho, no... —y tendió su mano sobre mi cabeza como si así quisiera sacar de mi cerebro aquellas ideas dislocadas—. Los nombres proceden según las lenguas, unas más antiguas que otras, y el tuyo, tu nombre, no proviene ni del griego ni del latín, sino del hebreo, y significa nada menos que *Dios está con nosotros*.

Yo quedé maravillado.

Ese día madre había demorado más de lo acostumbrado en llegar del trabajo, así que tuve que esperar en la puerta de la casa. En realidad, la palabra casa le quedaba grande, no era más que una habitación con entrada independiente, en la que mamá y yo, en arrendamiento, vivíamos.

Yo no tenía llave del cuarto, en parte porque por mi edad no era aconsejable, por seguridad, que yo entrara y saliera como Pedro por su casa, “podría alguien darse cuenta y obligarte a abrir y llevarse todo”, decía mi madre, y luego reía, con esa risa triste con que los desposeídos hacen sus inventarios materiales: “como si tuviéramos gran cosa para llevarse, unos platos vacíos y unos pocos chiros remendados”, y finalmente expresaba el verdadero temor: “y porque alguien podría lastimarte”.

Y tampoco tenía llave porque en la práctica no la necesitaba: cuando yo salía de la escuela mamá ya me esperaba para compartir el resto de la tarde y de la noche, y juntos, apretados en nuestro cuartucho, nos ocupábamos en nuestras tareas, yo en las mías, las escolares o coloreando algún dibujo, cosa que me encantaba, ella en las domésticas, que la comida, que la ropa, que los cuidados (no siempre separados, porque yo solía lavar los platos, por ejemplo, y ella revisar las tareas o comentar alguno de mis garabatos pictóricos), y uno que otro juego que saltaba como una liebre en medio de la pequeña familia hecha de dos, ella y yo, con la

vida que se nos iba atravesando con agitaciones y sorpresas —malas y buenas, agradables y menos gratas, como era la existencia para todos—, día con día.

Mientras mamá terminaba de llegar miré alrededor, el barrio, casi siempre bullicioso, estaba ese día medio adormecido. Nada para ver en el horizonte próximo, así que me aventuré a doblar la esquina y en la primera casa fue que lo vi.

Era una edificación achacada por el tiempo, como muchas de por ahí, pero esta casa tenía una cicatriz en la cabeza, es decir, en el techo, una parte estaba carcomida, como si un monstruo gigante le hubiera dado un mordisco en una de sus esquinas, dejando la herida a la intemperie. Quienes allí vivían le habían puesto una venda plástica, para que el resto de las tejas no se viniera al suelo y, sobre todo, para que la lluvia no se colara por ahí.

Estaba el anciano sentado en una silla de mimbre que por varias partes iba destejiéndose. Se veía absorto siguiendo la lectura de un libro también viejo. Detrás había una puerta oxidada de lo que parecía el garaje de la casa. Aquella parte del antejardín estaba cubierto de unas grandes tejas plásticas de colores transparentes indefinibles, veteadas de tanto sol y viento y lluvia y tiempo. Aun así, todo aquel que estuviera bajo su alero debía estar agradecido pues era un refugio fresco a pesar de que el sol ya se debilitaba.

Tenía la mirada perdida. No le vi moverse en ningún momento.

—Hola —dije, quizá solo para ver si era un ser vivo o una estatua o, Dios no lo quiera, un muerto.

—Hola —dijo—. Me he quedado fuera.

—Leía, ¿no?

—Como no es la primera vez que eso me pasa hice un huequito para alcanzar algunos de los libros que están dentro de ese garaje que es mi cuarto.

Y procedió a mostrarme cómo su mano huesuda se podía deslizar por entre la pared y la puerta y alcanzar el libro, como la garra de un gato que mañosa y adiestrada se estira hasta dar con su presa. Vi también que en la otra mano tenía un candado abrigado por el uso quizá, y al darse cuenta de que yo lo miraba se adelantó a decirme.

—Ah, sí, el candado de adentro. Abierto y pegado a la chapa impedía que la puerta se cerrara, lo quité y ya vez, se cerró, debió ser el viento, debió ser el tiempo, ambos se mueven sin que podamos controlarlos, y solo se abre desde dentro, no hay nadie en casa. Estoy esperando a que alguien llegue.

—A los dos nos han dejado fuera —dije y añadí unos tres je, je, je, para disminuir la tragedia compartida.

Entré al umbrío antejardín, a acompañarle, supongo. Fue ahí cuando me dijo su nombre y su etimología u onomástica y yo le dije mi nombre cuya etimología y onomástica desconocía por completo.

Con los años uno olvida detalles, hechos, palabras compartidas, pero no olvido cómo empezó todo aquello que ahora me ocupa. Resulta que Eusebio, que le gustaba quedarse estático con la mirada perdida (¿repassando lo vivido?, ¿repassando lo leído, que era otra vida? ¿anclado a la memoria?, ¿en otro mundo?, ¿en el pasado?, ¿en sí mismo?), de pronto, señalándome con su mano unas varas de guadua arrinconadas en el otro extremo de la casa, me dijo:

—Pásame la menos seca.

—Y para qué —pregunté con curiosidad.

—¿No te has dado cuenta? Ya empezaron los vientos.

—¿Y qué pasa? —mi curiosidad era mayor, y mayor fue cuando el anciano sacó de su pantalón de dril desteñido una navaja que después supe era del ejército y empezó a labrar la madera flexible.

—¿Cómo que qué pasa?, pasa que es agosto, nada menos, ¿no? Y ningún muchacho debe dejar escapar el mes de agosto.

Al final terminó un par de varas bien pulidas que probaba formando con ellas una cruz, tanteando distancias, proporciones, sopesando los materiales y conjeturando quién sabe qué otras medidas, y mientras sus manos operaban en la armazón de un aparato, con el poder y la habilidad de la palabra me construyó este otro aparato que empezó a volar en mi imaginación:



# **Orni-onir, la cometa-pájaro**

Humberto Jarrín B.

---

# 1

El mes de agosto es un mes esencialmente aéreo.

Los árboles mueven más contentos que nunca sus melenas, como leones despeinados por un ventilador...

Las nubes no cesan de cambiar de formas, es como si un cincel invisible esculpiera caprichosas obras en sus cuerpos vaporosos y un motor de viento las llevara a pasear por la galería abierta del cielo...

Abanicos de hojas, astillas fracturadas y papelitos en que quizá viajen confesiones de amor, participan de la fiesta volando de tramo en tramo, dando saltos como pulgas o como sapos o como canguros o como conejos improvisados...

¡Oh!, y las faldas y las cabelleras de las niñas son un mar de aromas, una coqueta y embriagadora borrasca que anda suelta por ahí en las calles cuando ellas pasan y que nosotros vemos siempre con el corazón en vilo...

Sí. En agosto se celebra la fiesta del aire. Todo en él está hecho para volar.

Si nosotros, los humanos, tuviéramos alas, saldríamos el mes completo a celebrarlo volando todo el tiempo, como los pájaros. Pero no tenemos, por eso no volamos. Quizá es que nos falta mucho por evolucionar.

Sin embargo, en su reemplazo, tenemos algo que sí vuela: la imaginación. ¡Y ella sí que la tenemos muy evolucionada! Y con su ayuda no sólo hemos volado a lugares de fantasía, sino que en la realidad también hemos construido maravillosos aparatos que vuelan por nosotros. Seguramente algunos pensarán de inmediato en los aviones, otros en los helicópteros, y otros incluso en los globos dirigibles... Sí. Pero yo estoy pensando en uno mucho más sencillo, y quizá más bello: la cometa.

¡Ah, las cometas! ¿Quién no ha elevado alguna vez una cometa? ¿Quién no ha construido una cometa? Una de esas que incluso vuelan antes de que estén hechas, y que quizá también vuelan para siempre. Yo sé de una.

Fue en un agosto, en uno particularmente inquieto y agitado. Un niño y su padre construyeron una cometa. Y mientras la fabricaban conversaban sobre cómo volaría, de qué manera cabecearía, y las volteretas y tumbos que daría, todo como anticipo de su vuelo.

De entre las mil y una formas que puede tener una cometa, eligieron la de pájaro. Su cuerpo largo y esbelto tenía los colores más bellos que se hayan visto. Y en el aire, frente al sol, como un fragmento de arcoíris, encendía brillos que sólo las joyas más bellas pueden reflejar.

En verdad ningún pájaro real, de ese tamaño, tendría unos colores así, en cantidad y belleza; quizá los más pequeños podrían parecersele, quizá sólo una mariposa le habría hecho competencia.

De entre los mil y un nombres que podían escoger para bautizarla, eligieron uno de ensueño: Orni-onir, algo más o menos como "Pájaro de sueño". Con un nombre así es más fácil volar. Con un nombre así, cualquiera se podía enamorar.

Y durante muchos años, cada que los vientos traían el mes de agosto, este pájaro artificial fue sacado por su dueño y subido a los cielos a volar. Borracho de alegría sentía el

aire entre sus alas, golpeándole el pecho, y entre volteretas también ebrias, en las tardes, jugó con la brisa que corre como cualquier niño travieso.

Humberto Jarrín B.

---

## 2

Las cometas sienten cuando agosto se acerca. Y Orni-onir en el lugar en que permanecía guardado se puso inquieto porque sabía que pronto su dueño lo iba a sacar de aquel letargo de quietud terrestre. Orni-onir sabe que volar es ver el mundo desde lo alto, es encontrarse con sus amigos, sí, con sus amigos, aquellos pájaros enormes que ha visto en otras ocasiones, y sobre todo, con aquella bella pajarita que se le ha acercado, graciosa y coquetona.

No se equivocaba. Apenas sintió la brisa en su cuerpo ondulante y delgado levantó vuelo; árboles, casas y gentes los contemplaba desde su trono en el cielo; a su dueño, allá lejos, a lo largo del hilo que los unía, lo veía haciéndole señales. Algo de compasión sentía por aquellos seres que no pueden desprenderse del suelo, romper la tiranía de la gravedad que los ata; le habría gustado gritarles a todos ellos su experiencia y consolarlos. Quizá el único que percibía su mensaje desde el aire era aquel pequeño dueño que le permitía la posibilidad de vuelo.

En una alegre marea aérea estaba cuando los vio. Eran sus amigos, ¡qué grandes, qué fuertes!, ¡qué hábiles comparados

con la vez anterior! Pico Negro, tenía el pico más oscuro, las alas más largas. Ala Amarilla había perdido aquel color rubio claro por uno más sereno y maduro que, ahora, podría llamársele Ala de Oro.

Y ella, la pajarita grácil y esbelta, más bella que nunca con su pecho tan encendido, haciendo gala de ese hermoso nombre que volaba con ella: Pecho de Cielo.

Tarde a tarde compartió con ellos la libertad de los aires, las piruetas del vuelo, y cuando el crepúsculo comenzaba a reventar la centella de sus colores, los veía alejarse en dirección de las montañas, allá donde también el sol parecía tener su nido.

Aquel fue sin duda el mes más intenso y bello que jamás había pasado.

Sin embargo, la penúltima tarde se le notó algo triste. El aleteo perdió vigor, el cabeceo era apenas una débil negación en la tensión del hilo que disminuía... Era inevitable porque la fuerza de los vientos decrecía. Poco a poco se estaban yendo, porque los vientos deben irse a ventilar otras regiones del mundo, refrescar otras tardes, levantar otras criaturas y seres que aguardan ansiosos su paso carnavalesco que invita al desorden.

Y Orni-onir, aunque tuviera forma de pájaro, no era más que una cometa, un ser de fantasía, hecho de madera, trapo y piola, que no podía seguirlos.

Ese día se despidió de sus amigos, los pájaros reales, los que sí podían irse tras el viento, viajeros de tiempo completo, sueños en perenne levitación.

—Mañana es el último día. Se acabaron los vientos. Volverán a guardarme hasta la próxima temporada, sólo hasta entonces quizá nos volvamos a ver —se lamentaba Orni-onir.

—Ven con nosotros —propusieron los pájaros amigos.

—¿Y cómo? El único que me vuelve aéreo es agosto.

Y mi vuelo no es el mismo vuelo de ustedes. Mi revoloteo estará amarrado siempre a ese hilo en tierra. La belleza con que vuelo depende de la presencia de los vientos y de la habilidad y la fantasía de aquel niño que me cuida.

—Nosotros te ayudaremos —le dijo la pajarita, como en un suspiro.

—Pero mañana es el último día... Volverán a guardarme —insistió Orni-onir.

—No te preocupes por lo de mañana —apuntó Ala de Oro—; ya verás, confía en nosotros, y mejor aprovechemos el tiempo jugando... ¡A que no eres capaz de una voltereta así!

El resto de la tarde la emoción de la duda y la esperanza, el vértigo del miedo y la felicidad juntos, se apoderaron de Orni-onir, el “ave de sueño”, la cometa-pájaro.

Las ventiladas ensoñaciones se acababan para él, y llegarían así los días de quietud, eso le afligía el corazón; pero al mismo tiempo, las palabras de sus amigos habían quedado como una semilla que germinaba en su ánimo. Dos inquietudes se apoderaban de Orni-onir y no sabía a cuál de las dos atender.

Al final, se dejó llevar por la promesa de sus compañeros de vuelo, porque cuando uno cree en los amigos, ocurren cosas maravillosas...



### 3

La tarde siguiente, la última, el niño sacó su cometa-pájaro desde temprano. Orni-onir aleteó fuerte, movido por una ansiosa emoción, como si quisiera darle a entender algo al pequeño timonel que le había permitido revolotear entre los vientos.

—¡Epa! ya, ya... No te muevas tanto. Claro, como sabes que hoy es el último día de vientos no te quieres perder ni un segundo, ¿cierto? Con afán de volar, ¿no? ¡Pues a volar!

Orni-onir surcó los aires de inmediato, con tanto primor, con tanta elegancia, que todos los niños no hicieron más que maravillarse y comentar que aquella era la más bella cometa-pájaro que habían visto, y que vieron por el resto de sus vidas.

Fue un espectáculo bello suspendido en el aire; maromas y piruetas de la más hábil pericia, de la más preciosa alegría y del más profundo agradecimiento hacia aquellos que miraban hechizados la cometa tachonando el cielo, y sobre todo, hacia ese devoto capitán de aire dulce que la conducía con amoroso empeño.

Fue un último día pleno de gozo, de poéticos bailes aéreos, de una fantasmagórica escritura en el cielo que quedaría impresa por siempre en la mente y el corazón de aquellos que fueron testigos de todos los vuelos de agosto.

Faltaban pocos minutos para que todas las cometas desaparecieran del cielo, y Orni-onir, el “pájaro de sueño”, sintió angustia—angustia y tristeza: compañeras inseparables de toda duda—, pues no veía por ningún lado a sus alados amigos, menos a la pajarita de pecho azul que había revoloteado cariñosa junto a él todos estos días.

Sintió que su pecho de palo encrucijado se quebraba cuando percibió el primer tirón que indicaba la hora de bajarlo. Se estremeció todo.

El hilo empezó a recogerse. Por un instante pensó en oponer resistencia, no dejarse arrastrar fácilmente, y tuvo al mismo tiempo la idea suicida de dejarse caer en picada, estrellarse en el suelo a toda velocidad, quedar hecha añicos, y terminar por siempre esa farsa de volar...

«¡Después de todo —se dijo— soy apenas una cometa, un artefacto para ser suspendido artificialmente! ¡Un abanico con piola!»

Y en medio de la angustia también pensó que le habría gustado al menos despedirse de sus amigos, y como no los vio por ningún lado se resignó a que ya todo había acabado una vez más.

De pronto, detrás de una nube enrojecida por el sol poniente, que más que nube parecía una enorme nave encendida, un rumor de aleteos se alcanzó a escuchar.

—¡Son ellos!

Sí, eran ellos. Majestuosos, con las alas extendidas, con la mirada sobre la esfera del mundo, con un movimiento perfectamente sincronizado, aparecieron aquellos príncipes del aire.

—¿Pensaste que incumpliríamos nuestra promesa? —dijo, a manera de saludo, Ala de Oro, que venía adelante.

—¿Listo? —Preguntó Pecho de Cielo, con un desplazamiento de costado.

—¿Listo?... Pues... sí... listo —dijo Orni-onir—. Aunque todavía no sé qué se proponen ni cómo harán para que me quede con ustedes.

—Eso déjalo de nuestra cuenta.

—Si ustedes están locos, más lo estoy yo que les sigo la corriente...

—De eso se trata, de seguir la corriente... del aire... —dijo Ala de Oro.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente? —preguntó Orni-onir receloso.

—Ya verás.

Todos se le aproximaron perfectamente sincronizados.

—No está de más recordarles que mi vuelo está amarrado a tierra por este delgado hilo —observó Orni-onir.

—No te preocupes —dijo Pico Negro.

Y acto seguido el ave se lanzó al hilo con su pico abierto, a manera de tijera, y lo cortó de tajo. La cometa-pájaro dio una brusca voltereta, pegó un agudo grito cuando sintió el vacío, sintió que todo le daba vueltas cuando el remolino de los vientos la tiraba en redondo, y empezó a caer, sin remedio, a caer, y a caer, y a caer...

El vacío sólo tendría fin cuando se estrellara hecha añicos contra el piso, o se desbarata antes enredada en las ramas filosas de los árboles, o acabara ahorcada en las líneas eléctricas...

Entonces, en una de sus artificiales alas de seda, sintió el cálido contacto de Pecho de Cielo, la pajarita de sus sueños, y de la otra vio cómo se aferraba su amigo Ala de Oro. Estable y en posición, Orni-onir volvió a tranquilizarse al sentirse acompañado.

En aquel ocaso de agosto, hecho de manchas y jirones amarillos, rojos, y violetas, los pájaros se llevaron a Orni-onir, la cometa-pájaro, el “ave de sueño”.

El niño en tierra vio con sorpresa y espanto cómo la cuerda se descolgaba sin peso, desfallecida, y encandilado por los últimos destellos del sol, alcanzó a ver cómo su cometa-pájaro, con heridos reflejos, se iba, se iba, se iba...

## 4

Lloró, lloró mucho, con profundo dolor y tristeza.

Y lo digo con seguridad porque ese muchacho fui yo. Durante días no quise volver a ver el cielo: no estaría allí mi cometa-pájaro. Nunca más estaría unida por el cordel a mi mano guiándola, subiéndola, bajándola según quisiera.

Padre tan solo me estrechó a su cuerpo en un abrazo consolador, quizá diciéndome que así era la vida, que la vida estaba hecha de despedidas. Pasado un tiempo, algunos amigos me dirían que les pareció ver mi cometa junto a unos pájaros.

También llegué a oír que sus compañeros la cuidaban con mucho amor y tanto afecto que mi bella cometa-pájaro, Orni-onir, mi “pájaro de sueño”, se convertiría en un pájaro de verdad, ¡sí!, ¡un pájaro real que volaba por sí solo!

El amor y la amistad son poderosos.

Yo lo creo.

Yo lo creo porque durante el tiempo que duró mi niñez, desde mi ventana, fuera o no temporada de cometas, todas las tardes veía que un pájaro, que tenía los colores de mi

cometa, acompañado de una hermosa pájara de pecho azul, aleteaba jubiloso encima mío, saludándome con la ternura con que se saluda a un viejo amigo, y yo, aunque con los ojos llorosos, lo miraba con harto cariño y le mandaba muchos besos y abrazos por el correo ondulante del viento.

**A** lo lejos vi la figura que más amaba, la de mi madre que volvía. Fui a su encuentro.

—¡Manuelito, por Dios, me demoré!, perdóname mijo —dijo, como si hubiera cometido la falta más grande del mundo—. El tráfico cada vez más terrible y esos buses que se demoran una eternidad y si logra uno entrar y salir ileso de uno de ellos...

La abracé para consolarla y su cabellera negra bajó de su estatura para cubrirme como una catarata. Pegado a su pecho, mis ojos quedaron dentro de su noche hecha de hilachas brillantes. Allí, cobijado y al amparo en esa sombra fragante de vida quedé a oscuras, era como un eclipse hecho solo para mí. Empezamos, cogidos de la mano, la distancia que mediaba llegar a nuestro cuarto.

—¿Y tú qué hiciste mientras llegaba?

—Conocer a un amigo.

Le di algunos detalles de él, le dije que se llamaba Eusebio, que era un señor de mayor edad, que me había contado una historia y que me estaba haciendo un regalo, una cometa, que cuando estuviera la pondría a volar. Y como en la perspectiva todavía se podía ver la parte del techo derruido, con el plástico-curita agitado por el viento, le señalé la casa donde vivía.

—¿En esa casa? ¿Estás seguro? Raro, porque por ahí he pasado muchas veces y nunca he visto a nadie, y menos en el antejardín. Esa casa está que se cae sola, ¿no? —dijo, y cerró el asunto porque prefería comentarme su día y sus avatares laborales.

El resto de la tarde fue cayendo despacito y la noche entró a nuestra habitación en silencio como un gato negro. Luego de comer arroz y habichuelas revueltas con huevo mamá se sentó a hacer cuentas en su cuaderno de uso. Allí en él, como alguna vez lo vi, además de su aritmética financiera de supervivencia en que hacía alcanzar las cifras apretadas para conseguir hasta lo imposible, mamá anotaba también algunos susurros personales, quizá recuerdos, quizá quejas que luego quedaban aplastadas entre las hojas y una que otra oración, como para dejar constancia al cielo de que había clamado algún milagro cotidiano.

—¿Qué dibujas? —me preguntó mamá.

—Una cometa.

—¿Una cometa? Eso parece un pájaro.

—Es que es un pájaro.

—Bueno, al fin qué, niño, ¿pájaro o cometa?

—Pájaro y cometa.

—¡Ay, estos artistas! —refunfuñó, y se fue al rincón de la cocina a preparar un agua de panela.

Cuando regresó con el humeante sabor de oro opaco oloroso a canela, me preguntó si era una tarea.

—Sí y no.

—Ah, como es pájaro y es cometa, entonces.

No quise contribuir con más problemas en qué pensar de los que ya mamá tenía, así que le expliqué mi insignificante enigma.

—No, porque no tengo que entregarla en la escuela, y sí, porque quedé en corresponder a mi amigo por la historia que me contó.

—Me tenés que contar más de ese amigo —me dijo, pero no con el interés real de que le hablara de él en ese momento, sino tal vez en otro momento, o porque seguía creyendo y era una manera de decírmelo, que ese amigo mío era un amigo imaginario, o quizá solo por decir, como cuando uno se encuentra con un amigo que viene por la calle y le dice, “hola, qué me contás”, o lo que es peor, “cuéntamelo todo” y cada cual continúa con su camino, y ninguno se queda ahí, ni para contar ni para escuchar lo que el otro querría decir.

Las palabras son raras, a veces dicen cosas distintas de lo que dicen. Quizá por eso me gustan mucho más los dibujos, dicen y muestran lo que dicen. ¿Será que son más sinceros? Y seguí dibujando los otros pájaros, esos que sí eran pájaros, no cometas.

Ya casi no tenía color verde, tendría que usar azul con amarillo.

A Eusebio le gustó el dibujo cuando se lo entregué días después, estaba sentado en su silla de mimbre descosido junto al portón del garaje abierto a medias.

¿Cuántos años tenía Eusebio? Ese día se lo pregunté. Dijo que no lo recordaba, ¿Cien? ¿Mil años? Para mí era una treta para no referirse a su edad enigmática, porque si de algo gozaba Eusebio, según lo percibí, era de una memoria prodigiosa, y de ello son prueba, como luego se darán cuenta, estas páginas.

Decía haber venido de la costa del Pacífico en épocas remotas. Y le creía. Cualquier cosa, suceso o persona que tuviera algo más de diez años, ya para mí venía de una época inmemorial, pues procedía de un mundo que entonces para mí no existía porque en él yo no existía. Esas eran mis cuentas existenciales.

—Y de qué parte del Pacífico —le pregunté, solo porque esa palabra me sonaba a tranquilidad.

—¿Hum? El Pacífico es larguísimo, como un sueño bajo la lluvia en medio de la selva y de la noche... Un sueño que suena...que suena como un guasá movido leentoooo... Como un río que uno guarda en una larga cajita de madera.

Yo cerré los ojos y seguí ese río por aquel túnel vegetal, si los abrí fue solo para preguntarle:

—Y a ti quién te contó ese cuento.

—¿Cuál cuento?

—Pues el de la cometa —dije y le pasé otro de mis dibujos, en el que estaban todos los personajes.

—Nadie.

—¡Cómo que nadie, Eusebio! Los cuentos se los cuenta alguien a alguien.

—Sí —concedió.

—Entonces es tuyo, tú lo imaginaste —concluí.

—Sí y no.

Pensé en mi madre, por eso copié su frase:

—¡Ay, estos artistas!

—Sí lo imaginé, como muchos otros, pero no eran para mí, eran para mi nieto.

—¡Tienes un nieto!

—Nunca lo tuve.

—¡Cómo es eso!, ¿cuentos para un nieto que no tienes? —dije, desubicado, y Eusebio debió comprender muy bien mi inquietud porque de inmediato me contó:

—Tuve un hijo, que cuando creció se fue pa'l ejército, antes de irse me dijo que se enrolaba solo para sacar la libreta militar, porque en este país sin ese bendito papel no se puede conseguir trabajo y otras cosas, y luego de que regrese, me haré a una familia, y tendré un hijo o una hija a quien darle los cuentos de mi papá, le diré: "Hijo, estos son los cuentos de tu abuelo Eusebio", decía entonces mi hijo.

»Pero mi hijo nunca regresó. Lo mataron. Una mina, dijeron.

Lo devolvieron envuelto en una bandera, eso fue todo. Me dieron una medalla y me dieron, a manera de consuelo, su navaja de dotación. Y desde entonces yo quedé, como me dijeron las parteras del litoral, embarazado imaginariamente de un nieto que nunca pude tener.

—Entiendo —creo haber dicho, pero en realidad solté un suspiro, y quizá solo desde entonces empecé a notar el dolor de los suspiros.

—Y tú, ¿tienes abuelo?

—No. Al parecer compartimos algo en común, tú no tienes nieto y yo no tengo abuelo.

—Sí. Eso parece.

Un largo silencio común y familiar nos cobijó como si fuera una gran manta tejida para los dos. Al rato, y desde un recoveco antes no sentido de mi corazón se me ocurrió decirle sin más:

—¿Y si te adopto como abuelo, Eusebio?

—¿Y qué clase de abuelo sería ese que adoptarías, muchacho?

—Abuelo-vecino.

—Eso quiere decir que yo también te adopto como nieto-vecino.

—¿Y como cuánto tiempo dura eso? —pregunté, con el temor de que todo ello no fuera sino una pasajera fantasía.

—No sé. Supongo que el tiempo que dure ser vecinos —tasó Eusebio.

—Podría durar muy poco. Mamá y yo casi no duramos en un sitio. Somos gitanos dice ella. Somos caracoles, digo yo. En estos días te dibujaré un caracol.

—La vida está llena de despedidas. Cada viaje engendra la nostalgia del regreso. De hecho, de ahí es que proviene esa palabra.

—¡Que venga la etimología! —dije yo, burlándome infantilmente de su manía de volver al origen de las palabras.

—Bueno, si tú lo pides —y me hizo un pedagógico retorcijón en las greñas que por pelo tenía—. Nostalgia, dicen los expertos, aprende, niño, viene del griego nostos, que significa volver a la patria o a la casa o al viaje en sí mismo, según sea, y de algos, que significa dolor. Así las cosas, la palabra neuralgia ¿qué significaría, por ejemplo? —me preguntó de súbito, tal vez para comprobar si había comprendido su lección o para poner a prueba mis conocimientos de la escuela.

—¡Dolor en las neuronas! —dije triunfante.

—Pues sí, sí, en esencia, sí, señorito, algo así, dolor producido por los nervios.

—Por eso mamá cuando le duele la cabeza y le pregunto qué le pasa me dice “es solo una neuralgia, Manuelito, solo una neuralgia”.

Lo que entonces aprendí ese día es que todos llevamos auestas nostalgias de tantas idas y venidas, unas temporales, otras definitivas. Y a consecuencia de ese hallazgo fue que le pregunté a mi viejo amigo:

—Yo también tendré que dejar a mamá algún día, ¿cierto Eusebio?

Eusebio entornó los ojos como si buscara en su propio pasado un hecho que le ayudara a darme una respuesta. Divagó por un buen rato a la deriva por el mar plateado de su propio tiempo, y entonces, humedeció los labios y me respondió así:

# **Ictio, se nos va Ictio**



# I

Ictio era uno de los peces más pequeños del cardumen. Como todo muchacho, era algo travieso y bastante inquieto, y no desaprovechaba oportunidad alguna para poner a prueba su espíritu saltarín, de ahí que sus padres vivieran en constante zozobra, siempre pendientes de él, con miedo a que una de sus locuras terminara siendo mortal.

El mar, la selva, el aire, las calles, en cualquier sitio hay peligros inimaginables para los más pequeños, y más aún para los que, como Ictio, suelen perderse a propósito de la vigilancia de los mayores, para vivir en plena libertad, a sus anchas, las más osadas aventuras.

Porque de un verdadero aventurero tenía Ictio las aletas, las escamas, las agallas, el corazón.

Quien es vigilado constantemente, aun cuando sea con amor, tiene pocas oportunidades para escaparse, así que Ictio debía aprovechar las pocas ocasiones que se presentaban. Y estas, por lo general, ocurrían en los momentos de mayor peligro.

«¡Pero qué! –justificaba Ictio–, ¿hay acaso una aventura que valga la pena que no tenga peligro? ¿Qué tal un mar sin sal? Sin peligro no hay emoción, no hay aventura real; la emoción del peligro es la sal de la aventura».

Y para Ictio la verdadera aventura comenzaba, sobre todo, cuando aparecía aquel extraordinario y temible sujeto, el hambriento tiburón. Los padres y las madres, en cambio, eran de otro parecer, cuando él aparece, aparecen las desgracias, decían, por eso cogían apresurados a sus hijos, los embarcaban en la corriente más rápida, ¡y los que se pierden!, al fondo, a esconderse tras los enredados corales o a camuflarse entre las despeinadas cabelleras de las algas.

«¿Y dónde está Ictio? ¡Ay, otra vez este muchacho aprovechó pescar en río revuelto para perderse! ¿Y si de pronto fue el tiburón que...? ¡Oh, no, santo salmón! ¡Ojalá que no!», se quejaban angustiados los padres de Ictio, y sacando con cuidado la cabeza de su escondite, buscaban al tiburón por si había señales de su hijo, ojalá no cerca y menos rojas, claro, de aquella terrible mandíbula.

Y el corazón se les hizo un remolino cuando efectivamente lo vieron junto al temible animal. No, en la mandíbula, no, pero sí cerca de la aleta superior, porque el bribón de Ictio había aprendido de las rémoras a pegarse lejos del alcance de las voraces fauces del escualo.

Así no sólo no corría peligro sino que además viajaba gratis y veloz.

Porque nadie podía contradecirlo en esto: no hay en todos los mares nada mejor para viajar que un tiburón. Y mientras los demás le temían y veían en él un tragaldabas, una máquina de destrozar, un Atila marino, Ictio en cambio, le admiraba.

¡Esa figura! ¡Ese estilo para nadar! La velocidad, la gracia, el porte, ese modo sinuoso de abrirse paso entre las aguas, como cortinas que dejan pasar al rey. ¡Todo en él era

sofisticado, fino, estilizado! La más moderna y dinámica nave para viajar por los océanos...

Y otra cosa, aunque parezca paradójico: la seguridad. Porque mientras este respetable caballero acuático pasara orondo por cualquier lugar, quién, sí, ¿quién se atrevería a interrumpirle el paso?, ¿quién osaría acercársele, o cruzársele no más?

En verdad, allí donde los demás veían un monstruo sanguinario, Ictio veía un ser maravilloso. Como dicen los poetas, esos tiburones de la palabra: *En este mundo traidor / nada es verdad ni mentira / todo es según el color / del cristal con que se mira.*

En su admiración sin ambages, Ictio podría decir del tiburón que incluso era tranquilo y sereno, ¡como un filósofo que va de aquí para allá en profundas meditaciones! Excepto —¿y por qué no habría de ser así, si en toda regla hay una excepción?—, excepto cuando estaba hambriento.

Y claro, este era el momento cuando Ictio ponía en práctica su lema: «Mantente fuera del alcance de sus mandíbulas y verás un hermoso animal».

No es que Ictio fuera un chico desobediente y nada más, uno de esos que llaman *rebelde sin causa*, no; era que obedecía a su espíritu de aventura, a ese impulso intrépido que aflora con mayor o menor grado en todos los muchachos y que los obliga a probar con hazañas su valentía. Después de todo, Ictio era un pez con muchas agallas.

Sin embargo sus padres, intranquilos siempre, le aconsejaban y aconsejaban en procura de su bien:

—No te vayas más allá del bosque de algas.

—Más allá de ciertos límites los peces llegan, pero muertos.

—Ten cuidado en enredarte en esas corrientes turbulentas.

Y esto más lo otro... Tampoco es que Ictio echara en red

rota sus amorosas advertencias, pero el mundo se le aparecía a Ictio de otro modo, amenazante y peligroso, sí, pero a la vez enigmático y prometedor, y no era sordo a este llamado que el lado desconocido le hacía, y era por ello que, con cada día que pasaba, con cada centímetro que crecía, ampliaba sin descanso los límites de lo incierto.

## II

Los días como las mareas vienen y pasan. Ictio había crecido convirtiéndose en un jovencito cuyo espíritu de aventura había cambiado: ahora era más intenso e incontenible.

Y con más fuerzas uno se vuelve más arriesgado, por eso llegó el día en que Ictio, llevado por la corriente de sus búsquedas y aventuras, se acercó hasta el lugar aquel en que por encima del agua encontró una luz destellante que se movía cristalina, era como si mirara el otro lado de un espejo.

Levantó los ojos y vio (¿o intuyó?) que allí terminaba el reino del agua; era el límite del mar, y en adelante se abría al movimiento otra dimensión, otro mundo, un mundo transparente y muy iluminado. Subió ansioso hasta tocar aquella pared móvil y traviesa en lo alto.

Ictio emergió a la superficie atrapado por esta nueva visión y sacó tímidamente la cabeza. A su alrededor vio que la siempre inestable superficie del agua se extendía más allá de cualquier mirada, todo igual, dunas y dunas de líquido salado, como un desierto pero acuático.

Se atrevió a avanzar por aquella sábana ondulante hasta el momento en que su mirada percibió algo diferente: era una

playa. A largo de ella vio una hilera de extrañas construcciones. Las escudriñó maravillado con sus ojos sin párpados hasta que empezó a ponerse el sol, y más se maravilló aun cuando del interior de aquellas casas vio de pronto que una luz empezó a alumbrar.

A los lados las sombras comenzaron a cubrirlo todo con mayor densidad, y hasta el lugar donde Ictio estaba llegaron y lo envolvieron, pero alcanzó a ver que de una de las casas iluminadas salía una inusual y curiosa criatura. Por un momento pensó que sus ojos y su imaginación, al borde ya de la asfixia, le engañaban.

¿Era cierto lo que había visto?

Con esa imagen capturada por sus enrojecidos ojos y repasada una y otra vez en su memoria, regresó a su casa y se la pasó toda la noche pensando.

La próxima vez, sí, iría más temprano y entonces corroboraría lo que él creía que su imaginación había forjado. Porque de ser cierto...

Mejor era esperar.

### III

La madre de Ictio lo vio salir esa mañana muy temprano. El mar todavía conservaba ese color gris de la madrugada que junto con el frío abisal eriza las escamas. ¿Para dónde va este muchacho?

Ictio no había dicho nada al salir, solo un beso hecho espuma, cotidiano, como el que uno siempre da al despedirse para ir al trabajo, a la escuela, a pasear.

Segundos antes la madre de Ictio había visto a su muchacho fijo a los ojos, tratando de desentrañar en aquella mirada húmeda algún secreto, pero Ictio había batido de inmediato sus aletas dejando tras de sí una estela de dudas.

En el fondo de su amor la madre de Ictio intuía que algo inquietaba el joven corazón de su hijo. Y una lágrima que emergía de un lugar inubicable, se confundió con el agua del inmenso océano.

Era ya muy noche cuando lo sintió regresar. Y por el silencio que envolvía a su hijo como una burbuja, tuvo la certeza de que quien regresaba era otro, su hijo sí, su pequeño Ictio, pero otro Ictio.



## IV

Como poseído por una rara fiebre, como atraído por un irresistible imán, como empujado por una poderosa ola, durante muchos días y semanas Ictio hace el largo viaje que lo lleva a aquel sitio donde, efectivamente, ve lo que vio: ¡un individuo que vive fuera del agua!

¿Puede alguien creer semejante maravilla? Y acompañándole, como si nada, otros seres y otras cosas, que se mueven o están quietas, pero que se multiplican en lejanías que cambian de colores, sobre todo, en las tonalidades verdes. Y por encima de ellas, otro azul, que al parecer es otro mar.

Ictio no sabe que ese azul de arriba es el cielo, pero sí se pregunta si habrá alguien allá arriba que como él, maravillado, vea hacia abajo todo lo que él ve.

Todas las mañanas el joven pez, con la cabeza en la superficie, observa aquello que los hombres hacen cotidianamente, y únicamente cuando la noche clausura el carnaval de labores, Ictio se marcha a su hogar donde, con la imaginación repasaba y repasaba esa serie de actos que lo tienen obnubilado, y que a veces, sin que se dé cuenta, repite o intenta repetir.

—Algo grave le ocurre a Ictio en la cabeza —dicen las sardinias.

—Ictio está medio loco, no puede ser de otra manera —dicen entre enredos los pulpos.

—Que está ido, está ido... —sentencian sin demora las rémoras, que se pegaban a los dimes y diretes para no quedarse atrás.

Que Ictio esto o que Ictio lo otro, Ictio en el centro de todas las murmuraciones. E Ictio en el centro de sí mismo, con el más grande signo de interrogación sobre su cabeza que parecía un anzuelo que pronto lo habría de enganchar.

Ictio, en todo caso, ausente, sordo a todos los comentarios que de él se hacían, pocos para admirarlo, muchos para sancionarlo. Y no podía ser de otra manera, porque en realidad su preocupación estaba lejos, era: ¿cómo ganar la playa?

La distancia se hacía cada vez más corta, y un día, con la emoción y el cansancio de quien logra una meta, el aventurero pescado quedó tendido en la arena. En adelante las cosas serían más fáciles: repetir el esfuerzo, pero con la certeza de que lo conduciría a una meta ya alcanzada.

Y tanto se acostumbró a respirar fuera del agua y a arrastrarse en la desmenuzada superficie, que Ictio sintió que una maravillosa metamorfosis estaba empezando en él.

Ese día llegó más tarde a casa, y más temprano que nunca se marchó a la mañana siguiente. ¿En realidad a qué había venido? Nada dijo a nadie, y sólo tuvo un pensamiento para su madre, a la que no quiso despertar con un beso de despedida definitivo.

Salió y creyó que nadie lo había visto, pero su madre sí, porque las madres tienen un corazón-radar que se entera de todo en el momento justo, pero respetó la decisión de su hijo, y se quedó viéndolo alejarse entre las acuosas ondas y la

escasa luz de la madrugada oceánica.

En el profundo y salado mar de su ánimo pensó: «Sí, Ictio no es más lo que ha sido». Cuando ya no lo vio más le envió una amorosa despedida: «Adiós, hijo mío. Ojalá encuentres lo tuyo». Triste como toda madre que ve partir a su hijo, alcanzó a decirles a los demás que se despertaron con sus suspiros ahogados:

—Ictio, se nos va Ictio.

Esa fue la última vez que alguien vio a Ictio.

Se alejó apresurado, con un nadar extraño, pesado, inusual en un pez, rumbo a ese raro lugar del que él mismo les había hablado como poseído de una súbita locura. Iba al encuentro con esa exótica y esperanzadora criatura que, según él, hacía cosas maravillosas y vivía en un territorio fabuloso.



## V

Ictio abandonó el agua para siempre.

Pronto encontró acomodo y con decisión y muchas agallas se camufló en tierra entre la gente, como uno más.

Y su primera preocupación fue el nombre: si todo él se había transformado, también su nombre debía merecer el mismo rigor, porque era de los que pensaba que en el nombre está el espíritu de los seres, y es por eso que, si uno, a través de la vida cambia de espíritus, de pareceres, de formas de ver el mundo, debería dársenos la oportunidad de tener los nombres que fueran necesarios y que respondieran a esas metamorfosis.

Y en Ictio esta necesidad fue apremiante una vez que decidió instalarse como uno más entre los hombres.

Como seguro estaba que su nueva vida había sido un triunfo, añadió a su nombre original la 'V' de la victoria, quedó: *Victio*. Como cambiaba de lugar, el agua por la tierra, simbolizó este hecho permutando las dos últimas vocales, ahora entonces era *Victoi*. Pero un nombre como éste, pensó, no era aún humano, así que la 'i', con un ligero cambio, la

volvió 'r', y listo.

Pronunció con júbilo y orgullo su nueva identidad, el nombre al que respondería cuando alguien lo pronunciara: ¡VÍCTOR!

Este si era un nombre para andar en las calles, subirse a las aceras, caminar los parques, cruzar los puentes, coger los buses, entrar y salir de las casas y edificios y al final de la tarde ponerlo a descansar en una cama hasta que cada mañana una alarma cronometrada, *tic, tac, tic tac... tiritirí... tiritirí...* le avisara que era hora de despertarse para salir de nuevo a repetirlo todo de la misma manera.

## VI

Un hombre es un hombre y nada más. Pero la contundencia de esta primera verdad la pasó por alto, sumergido en la marea de la novedad, llevado por la ola de lo no experimentado, entusiasmado por el promisorio futuro que para sí había imaginado en medio de los hombres.

Pasados los descubrimientos, resueltos ciertos enigmas, experimentados algunos goces nuevos... la vida del nuevo Víctor experimentó otros naufragios.

Aguantó hambre, sintió frío, sufrió desprecios e incomprendiones, la soledad por poco lo obliga a devolverse a las profundidades del mar. Pero él consigo mismo había convenido que su viaje era sin regreso.

Buscó trabajo pero no había trabajo así de fácil, menos para un hombre del que en aquel lugar no tenían registro alguno, como actas de nacimiento o bautizo, diplomas o certificaciones de bancos, fichas de hospitales o de puestos de policía, archivos o nóminas en los que los hombres van dejando huellas de sus comportamientos y prácticas, deberes y fechorías, fortalezas y debilidades... Para estos efectos, era como si hubiera aparecido así no más de la noche a la mañana.

Con ironía pensó en conseguirse un trabajo como pescador, pero él quería alejarse en lo posible de cualquier asunto que lo ligara al mar.

Prefirió una vista a los cerros, a los árboles empinados, a las rocas desnudas y encumbradas, eso a cualquier reunión de aguas, al paso lento de barcos y al revoloteo de gaviotas, y se adentró entonces en una remota ciudad, lejos de la costa.

## VII

Con los años Víctor llegó a ser un hombre como los demás, con una pesada y asfixiante rutina de trabajo, deudas, problemas, achaques, traiciones, cansancios, frustraciones y nostalgias. Sobre todo, nostalgias. ¡Ay, a esas alturas de su vida!

Y aquello a lo que le había negado cualquier intento de presencia, un día irrumpió con tanta fuerza que fue inútil retenerlo: un llamado profundo de las entrañas le hizo recordar el mar.

Entonces dejó correr la corriente de su antigua memoria y recordó su niñez sobre los tiburones, entre las algas y corales, su juventud plagada de aventuras y el descubrimiento de un nuevo mundo... Y ahora, al final de su madurez, se vio solo y sin amores, dueño de una vida seca, sin vaivenes, sin mareas...

Necesitaba urgente unas vacaciones. Después de tantos años de trabajo ininterrumpido necesitaba unas vacaciones. Las pidió y se fue al mar.

Una inquieta alfombra azul se extendió delante de él, un rumor de aguas desbaratadas, una insistencia de fatigada espuma luego de cruzar una ondulada lejanía hasta rendirse

a sus pies. Allí estaba el agua y la espuma y el sabor de su vida antigua.

Un día entero se quedó allí, viendo el mar, como si apenas lo conociera, tratando de escrutar nuevamente en su profundidad; pero el mar para él ya no era transparente: los secretos de los que antes, como Ictio, era dueño, ya no estaban disponibles para él como Víctor, se habían cerrado. Tiempo y distancia habían vertido en sus aguas una esencia para él arcana, indescifrable.

Y las olas que arrastraban montañas de agua hacia él, se repitieron idénticas al borde de sus ojos, esos antiguos ojos sin párpados, aquellos ojos marinos.

Lloraba sí, lloraba, pero no arrepentido; no. Era algo más profundo, algo más que un doloroso reproche, algo que únicamente siente el hombre después de que han pasado sobre él vendavales de soledades y sufrimientos, lluvias de sucesos, tormentas de desventuras, calendarios apretados...

Tanto tiempo que huye sin que nadie pueda hacer nada.

Pero él no quiere que su historia se repita; no si él puede evitarlo.

Por eso se le ve todos los días, desde el inicio de la madrugada, vigilante a lo largo de la playa, devolviendo al fondo, lo más lejos posible, a cualquier pescadito que vea arrastrándose dificultosamente en la arena.

—Algo grave le ocurre a Víctor en la cabeza —dicen las jovencitas.

—Víctor está medio loco, no puede ser de otra manera —dicen entre enredos los chismosos.

—Que está ido, está ido... —sentencian sin demora las señoras, que se pegaban a los dimes y diretes para no quedarse atrás.

Que Víctor esto o que Víctor lo otro, Víctor en el centro de todas las murmuraciones. Y Víctor en el centro de sí mismo,

con el más grande signo de admiración sobre su cabeza que parece una lágrima cayendo que pronto lo ha de ahogar.

Víctor, en cualquier caso, ausente, sordo a todos los comentarios que de él se hacen. Y no puede ser de otra manera, porque en realidad su preocupación está consigo, dentro de sí: cómo evitar que algún pescadito llegue a la playa.

Las vacaciones están por acabársele, no se presentará al trabajo, el patrón se enojará, perderá su empleo, perderá sus privilegios laborales, sociales y económicos, pero eso a Víctor ya no le importa, él sabe muy bien por qué lo hace, y sabe también que lo seguirá haciendo por el resto de sus días que fluyen como el agua.



**M**is visitas a Eusebio, mi adoptado abuelo-vecino, fueron plenas de asombros, ya una historia que él sacaba del guasá de su memoria (imaginaba a veces su cabeza moteada por las canas como un recipiente en cuyo interior las palabras y los recuerdos se deslizaban con un sonido particular) o una historia que en ese mismo momento imaginaba y me relataba. Pero también estaban las palabras que yo escuchaba por primera vez, como *etimología*, *onomástica* y otras que fui guardando en mi diccionario personal.

*Guasá*, *filantropía*, *alabao*, *rémoras*, *diatriba*, *maderamen*, *oráculo*, *Maravelí*, *iridiscente*, *mapalé*, *encandilado*, *onírico*, *lontananza*... se iban desgranando entreveradas en narraciones, informaciones, adivinanzas, argumentaciones, quejas, esperanzas, riquezas acumuladas en años y experiencias y ahora donadas en momentos lo más de simples mientras la tarde de todos los días en el mundo se convertía en noche, mientras esperaba a mamá regresar de sus calladas batallas a cuidar de este hijo que como un pez aventurero un día tendría que ver alejarse.

Algo que desde el principio noté en Eusebio es que nunca me trató como un niño. No quiero decir, entonces, que me tratara como un adulto más, que no lo era, ni él creyó que

lo fuera, quiero decir que me trataba como alguien a quien se le podía hablar con las palabras de todos los días y con aquellas... como decirlo, digamos más cultas y prestigiosas, quizá algo esquivas a la mayoría, y que no era necesario reducirlas todas con el diminutivo, en la creencia recurrente de que solo así las podía entender.

De ello resultó que las historias que me contara no fueran las usuales, las que generalmente escuchaba, de otros adultos o de mis profesores. Algunas, lo confieso, en algunos apartados, por el lenguaje y la densidad de los hechos, por la manera como las armaba y los problemas humanos y existenciales que contenían, llegaron a superar mi comprensión inmediata, y, por la hondura que ellas contenían, no podría decir que las llegué a entender completamente, pero me dejaban a cambio, además del ritmo y la cadencia con que fueron dichas y la gracia de los personajes, los espacios y los sucesos, el gusto del reto. Sí, sus más profundas enseñanzas quedaron sembradas en un surco de germinar futuro, y sería luego la experiencia y la vida práctica y concreta, las que las harían germinar y dar su fruto sonoro, lingüístico, filosófico... en una palabra, descubrir el crisol humano.

Mamá tampoco, envuelta en la marea de sus propias tareas y preocupaciones (*o neuralgias*), cuando le hablaba de esto o aquello de Eusebio, volvió a decirme “me tenés que contar más de ese amigo”, quizá porque definitivamente lo dejó en la categoría de amigo imaginario o porque desde que le había referido su existencia (existencia que ella no había podido comprobar por su cuenta porque alegaba que por esa calle y en esa casa de techo herido, nunca había visto a una persona con las pocas características que yo a veces le arrojaba en medio de las conversaciones), me veía, no solo juicioso en mis tareas escolares, sino también más ocupado en mis dibujos, cosa que le gustaba, y porque de vez en cuando le contaba

las historias que Eusebio compartía conmigo, su nieto-vecino.

—¿Tienes o has tenido novia?

Yo estaba ensimismado observando un cucarrón oscuro, y embelesado, porque cuando le daba la luz en la redonda caparazón de acero ennegrecido, de ella parecía desprenderse y resbalar un manto iridiscente. No es que no escuchara la pregunta de Eusebio, solamente la ignoraba, era un golpe al corazón, ese otro guasá de sangre y emociones.

¿Qué hice para seguir evadiendo la respuesta? Tomé un papel y me puse a dibujar el cucarrón. A mi profesor de ciencias le había escuchado decir que el negro era la ausencia de color, la claridad nula, y por eso era que me maravillaba — como si estuviera comprobando lo contrario— que de aquella superficie brotaran, igual que de un prisma, los demás colores, como si todos los colores escaparan de esa masa oscura que los negaba, para poder ser cada quien color, su color, y aproveché este fenómeno para hacer aparecer en mi dibujo, de cada tonalidad, como de una paleta, abejas y mariposas y mariquitas multicolores, como si el cucarrón las produjera.

—¿Es que no me has escuchado, muchacho? —insistió.

Y yo insistí también en mi mudez. Lo miré y seguí en mi dibujo, en él aparecieron dos mujeres, una adulta y una niña, ambas con cabellos negros, que se alejaban por rutas opuestas, con el cucarrón oscuro en el centro, que parecía mirarlas a ambas a la vez. Lo encerré todo en un marco de trazo nervioso y se lo regalé.

Un largo silencio se interpuso entre Eusebio y yo, entre sus recuerdos (abundantes y laberínticos) y los míos (escasos pero frescos), entre su edad inmedible y la mía apenas tirada a la vida. Lo rompí diciendo:

—Cuando te adopté como abuelo-vecino y me adoptaste como nieto-vecino te pregunté que cuánto duraría.

—Ajá. Y yo te dije que el tiempo que durara ser vecinos.

—Y que mamá y yo somos como caracoles o como gitanos con la casa a cuestas y al azar. Así ha sucedido varias veces.

—Sí.

Entonces le conté a Eusebio eso de cambiar y cambiar de barrio y de ir con la casa a cuestas y al azar. Antes vivíamos con papá. Pero papá vivía en un mundo inestable de fantasía ebria. A toda hora se estrellaba con el mundo, pero muchas veces hacía estrellar el mundo contra la humanidad de mamá, luego de discutir con ella y de gritarle. Entonces yo me ovillaba en mí mismo, incapaz de enfrentar toda esa violencia.

Sí, quizá por ser apenas un pequeño o tal vez por un infinito miedo, no alcanzaba a reparar en la diferencia de un ojo morado por la falta de sueño (y era mucho el sueño que mamá sacrificaba) y otro por un manotazo. ¿Cuánto tiempo aguantó mamá ese vendaval, y a lo mejor sólo por mí? Una eternidad, seguro. Pero hasta a las eternidades les llega su fin cuando alguien enfrenta ese tiempo férreo e inmutable, porque entonces mamá tomó una decisión definitiva. Conmigo a cuestas dejó esa vida y continuamos solo ella y yo nuestro peregrinar de casa en casa, de calle en calle, de barrio en barrio.

De nuevo Eusebio me hizo merecedor de sus palabras mágicas que se desgranaban pausadas y rítmicas, como las gotas de agua de la lluvia cuando pasan por el filtro de las ramas y las hojas:

# **El árbol de hojas-mariposas**



# 1

Ella era una niña muy bella, los cabellos negros, en los ojos una luz que en otros ojos no se veía, la boca madurando entre preguntas y verdades, las manos aprendiendo la sabiduría de los oficios, preparándose para las ternuras necesarias en la vida. Era hermosa, muy hermosa. Y, además, se llamaba Melisa.

Vivía en una calle como cualquiera otra de ese barrio, larga, larga, con flores en los antejardines, con árboles en los andenes, faroles en las esquinas, uno que otro perro bandido durmiendo en los portales, uno que otro gato escurridizo saltando en los tejados, uno que otro pájaro bulloso cantando camuflado en los follajes, y muchachos, muchachos, muchos muchachos.

Y claro, los jovencitos no desaprovechaban cuando pasaban por su casa —sobre todo Fermín, el de los cabellos rubios—, para ver si aquella niña tan preciosa que los traía tan locos, mientras se asomaba a la ventana en las mañanas, o salía a pasear en las tardes, les devolvía un saludo, y si estaban de suerte, quizá, una de sus hermosas sonrisas.

De una niña así, es de esperarse, cualquiera se enamora.

Uno ante la belleza es un soldado que no tiene más remedio que rendírsele, y al mismo tiempo, en tanto que soldado, batallar por ella.

Eso mismo, pero diferente, pensaba su padre, su celoso padre, quien temeroso de que estos soldados en cualquier momento aparecieran, se ponía en estado de alerta permanente y los vigilaba tratando de anticiparse a sus fastidiosas intenciones.

De tiempo en tiempo se le escuchaba decir que se tenían que ir de ese barrio y llevarse a su hija a vivir a un sitio lejano, lejos de esos muchachos fastidiosos –como ese Fermín, el de los cabellos rubios, el mismo que tenía el mal gusto de coleccionar esos pintarrajeados insectos.

No había cosa que más le molestara al padre que esa recua de mocosos vinieran a preguntar por ella sin ton ni son, que le trajeran dulces, que le enviaran papelitos y cachivaches, que quisieran llevarla a cine más pronto que tarde, o quizá, ¡los muy atrevidos –porque así son estos mocosos sinvergüenzas–, invitarla a bailar!

«Comienzan por querer llevársela a una u otra parte, luego a todas partes, y terminan por no devolverla nunca», refunfuñaba el padre con esa frase que para él encerraba la verdad más verdadera del mundo.

## 2

Cierta vez Melisa, la de los cabellos negros, en uno de los furtivos encuentros con Fermín, el de los cabellos rubios, le contó la decisión que había tomado su padre de llevársela de aquel lugar.

Tan inesperado fue el momento y tan espantado recibió el muchacho la noticia que salió a correr sin rumbo, sin que jamás nadie lo volviera a ver.

—Qué se hizo Fermín, el de los cabellos rubios —preguntaba un vecino.

—Como que desapareció —decía el tendero.

—Como que lo secuestraron —opinaba la señora de la vuelta.

El caso es que corrió de inmediato la noticia de su ausencia, y el correveidile de que por el barrio empezaban a robar niños. Y la preocupación de que el peligro rondara para cualquiera en cualquier calle, parque o portal, angustió a todos.

No se diga más, era la confirmación que necesitaba el celoso padre de Melisa, la de los cabellos negros, para irse lejos con su hija, en procura de evitar, no sólo a aquellos fastidiosos muchachos que la asediaban, sino, además, que se la robaran hoy, mañana o cualquier otro día, todo daba lo mismo para su corazón posesivo y preocupado.



### 3

Antes de abandonar por siempre aquella casa en la que había visto nacer, crecer y desaparecer muchos sueños, Melisa, la de los cabellos negros, al salir, junto al portal, encontró una pepita amarilla.

Parecía una piedrecita de oro o quizá una dorada semilla. La guardó en su bolsillo, junto al corazón, como recuerdo de los días más felices, de luz y sol en aquella calle.

Tan pronto llegó a su nuevo hogar, un lugar solitario que su padre había escogido, bien lejos de las calles donde pululan los muchachos para que la historia no se repitiera, la guardó en un afelpado cofre donde solía guardar sus más queridos y pequeños aderezos. La pepita amarilla se camufló allí como una joya más y quedó olvidada por algún tiempo.

Melisa, la de cabellos negros, creció y en su psiquis y en su alma y en su cuerpo comenzaron a rondarla nuevas inquietudes.

Un día en su cuarto, mientras repasaba en un armario los objetos de su niñez que estaba a punto de alejarse para siempre, junto a un diario, una muñeca, unas carteras y otros objetos de su pasado, descubrió el cofrecito, lo abrió



## 4

Melisa, la de los cabellos negros, había crecido en soledad, acompañada sólo de los pájaros y de algunas otras pequeñas criaturas que habitaban los alrededores; de la brisa que en su aliento traía el frío de las montañas y refrescaba las tardes; del riachuelo —algo retirado de su casa— en cuyas riberas crecían arbustos de frutas silvestres y un pequeño y desordenado bosque.

Creyó que ese era el lugar perfecto para guardar la semilla reencontrada, así que una tarde, en el centro mismo de aquel paradisiaco lugar, hizo un surco en la tierra, lo humedeció y en él enterró la semilla dorada, sembrándola como el que siembra una futura compañía.

Y la tierra y el sol y el agua y la semilla y el tiempo y la vida comenzaron a hacer lo suyo...

Con el tiempo brotó un árbol.

Y no era un árbol cualquiera. Era un hermoso árbol, fuerte, frondoso, tupido de relucientes hojas amarillas.

Allí, de pie, parecía un árbol de oro. Una hoguera en lo alto que avivaba el viento y que al mismo tiempo cantaba, como una sinfonía de serpientes que se deslizan entre el follaje.

Para Melisa, la de los cabellos negros, este árbol se convirtió en su árbol favorito, y lo frecuentaba cada vez que podía. A cualquiera habría maravillado ver aquel contraste de cabelleras, la una negra, hecha de oscura noche, la otra blanca, hecha de día radiante.

Bajo su sombra ella solía pasar horas y horas, y segura de que el árbol la escuchaba le contaba sus cosas y secretos, sus alegrías y tristezas. O, simplemente, se dedicaba a mirar y a mirar y admirar los más preciosos insectos que lo habitaban; eran los más luminosos que había visto desde aquellos que Fermín, el de los cabellos rubios, el coleccionista de insectos, le mostrara y le enseñara a verlos en su diminuto pero fantástico esplendor.

Iban y venían, subían y bajaban, por el tronco, por las ramas, por las hojas, salían de las raíces, cientos de pequeños monstruos, fabulosos todos, encendidos en sus colores, como reyes con su pomposa corte imperial en un día de paseo, algunos como magos, otros igual que payasos de un alegre circo errante.

## 5

Hay veces en que el sol es una lumbrera incandescente, rayos y rayos por todos lados, en una red que quiere atrapar todo lo que existe; parece que el mundo se cocina en su llamarada de calor y luz. La energía flota en la respiración de los seres. La energía está inyectada en los ojos y en el color de las cosas.

En días así el mundo es plácido y fértil, y en uno de ellos amaneció el árbol con más hojas que de costumbre. Con la brisa balanceándolo parecía un chisporroteante chorro dorado que brotaba del piso.

Y en el lugar más visible, colgado como un triunfo del tiempo, cual medalla de plata, mostraba un fruto, uno solo. Soledad de alguna manera extraña para tan espléndido árbol que bien podía dar mil frutos en una misma cosecha.

Melisa, la de los cabellos negros, lo vio. Durante largo rato quedó extasiada mirando aquel fruto blanco. ¿Qué hacer con él? De pronto la respuesta fue tan clara como el día que lo iluminaba: sintió deseos de comérselo, aunque fuera el único.

Lo tomó con ambas manos y lo llevó a la boca. Era tan dulce, tan carnoso y jugoso que bien podría decirse que lo comió y bebió a la vez.

Y ocurrió lo que tal vez ella (¡y mucho menos su padre!) nunca esperó que sucediera. Tenía ahora un fruto dentro. Lo guardó en secreto, como se guarda lo más sutil, lo más íntimo y profundo que un ser puede tener. Y tan adentro de sí estaba, que jamás nadie llegó a darse cuenta de él.

## 6

Llegado el momento del nacimiento, Melisa, la de los cabellos negros, en medio de la soledad cómplice y apremiante, sacó el niño de lo más hondo de su cuerpo, y luego de besarlo lo puso sobre las ramas del árbol de hojas amarillas. En un balanceo suave y armonioso, como lo haría un padre amoroso en sus brazos, las ramas lo mecieron mientras el follaje con su coro de mil y una voces lo arrullaba.

Tenía el niño cabellos rubios y negros por igual, oro y carbón, luz y sombra, sol y luna nueva, día y noche repartidos y sucediendo en un mismo lado del mundo. En la fisonomía de su carita recién hecha, Melisa, la de los cabellos negros, creyó ver algunos rasgos de aquel que en su antiguo barrio le llevaba, como si fueran las más preciosas joyas vivas, aquellos insectos multicolores.

Sí, los rastros recuperados de aquel chico que un día desapareciera para siempre...

—¡La semillita dorada, rubia como era él! —dijo, maravillada ante el descubrimiento.

En ese instante, cientos de revoltosas mariposas negras se posaron en el árbol, entreverándose con las hojas del árbol

que parecían mariposas amarillas. La imagen era una fiel repetición de los claroscuros que tenía el niño en su cabellera.

Y fueron ellas, las mariposas oscuras, las que en adelante se encargaron de alimentarlo. De leche y miel estaba hecho el alado alimento del que el hijo de Melisa, la de los cabellos negros, se sustentaba. El justo y necesario para que el bebé viviera sano y fuerte, feliz en aquel árbol dorado que fue su casa y cuna mientras creció.

## 7

Como cualquier madre amorosa, Melisa, la de los cabellos negros, se dedicaba a jugar el tiempo que fuera necesario con su hijo; le bailaba y cantaba canciones que en su niñez le habían cantado; le contaba historias de seres fantásticos muy parecidos a su hijo, como la de aquel pescadito que convertido en hombre se dedicó al final a devolver pececitos al mar, o la de aquellos pájaros que se llevaron una cometa, o la de la media que había socorrido a su hermana gemela, o la del gallo que quería ser poeta, historias en las que el amor y la persistencia daban sus batallas, y lograban muchas veces la victoria.

En ocasiones, riéndose, jugaba con él a las escondidas, a las persecuciones por entre las ramas del árbol que parecía un laberinto cubierto de una dorada sombra mientras las mariposas de vuelo azabache regresaban.

En las noches claras se acostaban a ver el lejano titilar de las estrellas, pero sobre todo, el de la enigmática luna, en cuya superficie se alcanzaba a ver a un extraño y solitario labrador hacer surcos en noches de luna llena. ¿Quién lo había condenado a esa tarea que no tenía fin?

Así fue durante años en los que un murmullo de felicidad y fantasía, un rumor de amor y de alegría, se oyó brotar de la frondosa copa del árbol que siempre los abrigó con ternura.

## 8

Pasó el tiempo y el hijo de Melisa, la de los cabellos negros, le habló un día a su madre con estas palabras:

—Madre, ya es tiempo que deje de ser niño; me convertiré en árbol.

Melisa, la de los cabellos negros, bajó al hijo de las ramas, lo abrazó con cuanto amor fue capaz y lo dejó en el piso, como si lo plantara, a unos pocos pasos del árbol de hojas doradas.

La madre se enterneció con su postura, lo estrechó entre sus brazos con un abrazo universal y en cuanto le dio un beso en las mejillas y le entreveró los cabellos de colores trenzados, el niño empezó a transformarse.

Todo quedó en silencio alrededor, todo quedó quieto y en un inquietante suspenso, como si murmullo y movimiento sólo pudieran concentrarse en lo que al hijo de Melisa, la de los cabellos negros, le estaba ocurriendo.

Los dedos de los pies se alargaron extraordinariamente y se hundieron en la tierra como raíces; los brazos se prolongaron y de tramo en tramo se bifurcaban cada vez más, enmarañándose, abarcando en el espacio un gran volumen. El

aire parecía festejar este acontecimiento, pues se acercaba y alejaba con primoroso temblor a aquella nueva copa para sus juegos.

Y los cabellos, los brillantes cabellos de dos tonalidades que hasta ese momento tenía, se transformaron en las más preciosas hojas multicolores que árbol alguno en la Tierra haya tenido jamás.

Las mariposas negras se tejieron en una capa que quedó suspendida detrás de Melisa, la de cabellos negros, quizá en símbolo de duelo por la madre que así, como ocurre con muchas madres en muchas partes, veía a su hijo partir.

Pero Melisa, la de los cabellos negros, a pesar de estar triste sonreía, porque era claro para ella que el viaje que su hijo hacía a la otra naturaleza le permitiría estar más cercano de su dorado y adorado padre.

## 9

Aquellos que han estado atentos a esta singular historia deben saber un secreto del que se han hecho merecedores y que a pocos les está dado conocer: de dónde es que nacen las mariposas.

Es sencillo y al mismo tiempo insondable.

Cuando del árbol en que se transformó el hijo de Melisa, la de los cabellos negros, las hojas multicolores se desprenden, y en una juguetona espiral van cayendo a tierra, en el preciso instante en que parecen que van a tocar el suelo, en ese mágico y preciso momento, es que ocurre el milagro: en medio de una chispa que dura menos de un segundo, las hojas volátiles se encienden en vida y se convierten en mariposas que en dinámicas cabriolas ascienden de nuevo por el aire.

¿Todas las mariposas?

Sí, todas las mariposas del bosque, cuyos colores y tonalidades dependen de la intensidad y el número de rayos de luz con que se encienden cuando se echan a volar.

A Melisa, la de los cabellos negros, le parece, incluso, que esos pájaros multicolores, uno de alas amarillas y otro de pecho azulado que de tanto en tanto cruzan el cielo, también

han surgido del encantado árbol en que se ha convertido su retoño, pero eso, nosotros lo sabemos, es asunto de otra historia.

**E**ra muy usual ver a Eusebio quedarse quieto, con la mirada perdida y el cuerpo en modo estatua, como la primera vez cuando lo vi sentado en la sombra de su casa y creí que la muerte le había tocado mientras miraba en lontananza. Estaba allí fijo, parado como una alta palmera, viendo en el horizonte el cielo de formas cambiantes. Sobre los Farallones las nubes parecían barcos blancos, como la cabeza de Eusebio, que viajaban sobre las olas-crestas de las montañas.

Seguramente la mirada y el recuerdo de Eusebio traspasaban el inmenso dique de tierra interpuesto para que el mar no llegara a nuestra ciudad. Su actitud era la de un centinela, la de un vigía puesto en lo alto, repasando de norte a sur el Pacífico, ese largo nombre que era, como ya lo había dicho, como un sueño bajo la lluvia, solo que esta vez me pareció que la lluvia brotaba del río de sus ojos.

No sé si ya he dicho que nuestros encuentros estaban alternados por largos espacios de palabras y de silencios, como si cada uno, voz y ausencia de ella, tanto en él como en mí, según nuestra estatura e imaginación diferenciada, tuvieran la necesidad de irse llenando y vaciando. Fue él quien rompió esta vez ese silencio pactado, diciendo:

—Cuando me diste el otro día el dibujo del cucarrón con esos otros bichitos y las dos mujeres que se alejaban, fue tu manera de responder a la pregunta de si habías tenido alguna enamorada, ¿cierto?

—“Una imagen vale más que mil palabras”, eso dijo la profesora de dibujo —respondí.

—Eso se lo he oído decir, sobre todo, a un publicista conversando con un comerciante, quien, al oírlo, se relame doble: ahorra dinero comprando poca palabra y ve dobladas sus ganancias con la venta, menos por más, la fórmula perfecta.

—Lo dijo por un pintor, Da Vinci, y nos hizo copiar esto de él:

*La poesía representa las cosas con la imaginación, literaria, mientras que la pintura las representa fuera del ojo, en forma real, después de haber recibido del ojo mismo las imágenes, no de otro modo que si fueran las cosas naturales. La poesía no da esa imagen de las cosas, ella no las percibe siguiendo el camino de las impresiones visuales, como la pintura.*

*La pintura sirve a un sentido más digno que la poesía y reproduce con mayor verdad que el poeta las figuras de las obras de la naturaleza; y éstas son mucho más dignas que las palabras.*

*Si el poeta sirve al común sentido por vía del oído, el pintor utiliza el órgano más noble: la visión. Bastaría que un pintor representase el furor de una batalla, que un poeta describiera la misma y que ambas producciones, una junto a la otra, se exhibieran al público. Los espectadores se detendrían de preferencia para contemplar, alabar y manifestar su mayor satisfacción. Ciertamente la pintura, mucho más útil y bella, agradará más.*

*Si el poeta narra un hecho, el pintor puede narrarlo con*

su pincel de forma más simple y plena... Aunque la poesía intenta describir con palabras las formas, los hechos y los lugares, el pintor los reproduce parecidos.

Y entonces me dijo:

—¡Vaya, pero sí que hacen largos dictados en la escuela!

—Hum, las manos nos quedaron doliendo.

Y el muy ladino añadió:

—Y para que pudieran comprender eso, usaron palabras, ¿cierto? No usaron dibujos, ¿cierto?

—Pues sí, ¿no?

—Y tu profesora de español que opina al respecto.

—Ella dice que la frase *una imagen vale más que mil palabras* es al revés: que *una palabra vale por mil imágenes*. Y nos hizo el siguiente ejercicio. Digan la palabra “nieve”. ¿Alguno de ustedes la conoce, es decir, la ha visto, la ha tocado? No, dijimos todos. Bien, aunque no la conozcan saben que existe, ¿cierto? Entonces ahora me van a decir, qué se les viene a la cabeza cuando decimos la palabra “nieve”, y la escribió en la mitad del tablero, y comenzó a apuntar alrededor de ella lo que cada quien decía. Uno dijo *blanco*, otro dijo *frío*, otro dijo *navidad*, otro dijo *Estados Unidos*, otro dijo *papá Noel*, otro dijo *polo norte*... Yo dije *ángel hueco* o *huella de ángel*, no recuerdo, porque había visto en la televisión cómo alguien se tiraba de espaldas sobre la nieve y moviendo los brazos dibujaba la huella del hueco de un ángel ausente.

—Muy sabia tu profesora.

—Pero lo mejor de todo, fue cuando nos dijo: Miren todo el tablero, miren en conjunto todas las palabras que hemos anotado, pero sobre todo, miren el dibujo que hemos hecho. ¿Dibujo?, ¿cuál dibujo?, dijimos todos. Sobre el tablero no había sino la palabra *nieve* enmarañada de otras palabras, y la profesora nos dijo: Hagan *abstracción*, reparen solo en la forma, y entonces, ante nuestros ojos apareció el dibujo de

una molécula de un copo de nieve que habíamos visto en la clase de ciencias.

—Y esta imagen, la hemos hecho con palabras —concluyó la profe—. Hay unas bonitas creaciones literarias hechas con palabras e imágenes al mismo tiempo, se llaman caligramas.

—Y nos hizo escribir—dibujar este:

un copo que tiene  
musical y breve.  
como una ocarina  
en un almendro  
florido de nieve

—Es muy bonito y creativo, ¡y mira!, tiene la palabra nieve —dijo Eusebio.

—Ajá, es de un poeta llamado Tablada, su nombre ya de por sí es raro pero llamativo, y sin que la profe me lo pidiera yo me puse a imaginar cosas que me sonaran a Tablada.

—¿Ah sí? ¿Y como en qué pensaste?

—En los pisos hechos de madera, en el sonido cuando uno sube escaleras de tablas, en los roces que a veces hago

con un palito mientras paso una cerca, en el rechinar de las ramas cuando el viento las estremece, en el crujir de los palos inmensos en los muelles y en cómo se quejan los barcos cuando están amarrados, como lo he visto también en la tele...

—Todo eso que has dicho tan bellamente se podría resumir en una sola palabra: maderamen. Así como carteo se le llama al sonido que se produce cuando se manipula el papel, por ejemplo, al ojear las hojas de los libros.

—Entonces cartear es una forma de maderamen, ¿no? Porque el papel se hace de la madera de los árboles.

—Ve, y sí. Tienes razón, Manuel, eres brillante. El carteo entonces es un lamento o un suspiro nostálgico de un antiguo maderamen. Oye, muchacho, ¿no te gustaría ser escritor?

—¿Tú crees? Pero no, yo lo que quiero es dibujar.

—Bueno, tu profesora te ha enseñado que una cosa no riñe con la otra, quizá algún día te dediques a pintar y a escribir.

¿De qué poder era Eusebio poseso para saber que yo quería ser escritor? Sí, yo le había dicho que no, pero una cosa es lo que uno a veces dice y otra lo que oculto, incluso de uno mismo, en su corazón lleva impreso, y el poder de Eusebio consistía precisamente en leer lo que estaba oculto.

¿Y acaso todas las historias que me contaba no estaban destinadas a ese propósito, dejando en cada una de sus palabras y frases una huella honda e indeleble en lo más recóndito de mi espíritu?:



# **El día que se enfermó la A**



## 1. DONDE SE DA CUENTA DE CÓMO DOS SUCESOS SE JUNTARON

Dos hechos sin ninguna relación aparente coincidieron en un mismo día: la A cayó enferma y un muchacho decidió ser artista.

Y no habría existido en verdad problema alguno si el chico en cuestión hubiera querido ser pintor, músico o escultor, pero no, este muchacho quería ser escritor.

Sí, sí, así como lo oyen: escritor.

Y en principio, un escritor debe tener a la mano un alfabeto, es decir, un sistema de signos con que pueda elaborar y luego transmitir o comunicar *por escrito* –pues la literatura es esencialmente escrita–, aquello que piensa, siente e imagina: poemas si se es Poeta, novelas si Novelista, cuentos si Cuentista, dramas o tragedias o comedias si Dramaturgo...

## 2. DONDE SE CUENTA EL ORIGEN DEL PROBLEMA DE LA A

En otro lugar del mundo, quizá no lejos de ahí, podemos ver a la **A**, se le nota inquieta, preocupada. Hace rato que viene quejándose de unas dolencias en su pierna derecha que le dejaron unos apresurados ejercicios físicos, tal vez mal hechos, descuidados, en ese afán a veces enfermizo que algunos tienen por cumplir, sin importar las consecuencias, aquella sentencia que reza mente sana en cuerpo sano.

Poco o ningún caso hizo la **A** del consejo que la suave **L** le hiciera en su momento:

—Mira bien qué clase de ejercicios necesitas y, sobre todo, calienta antes de hacer cualquier esfuerzo.

Al parecer la **A** no ha seguido el consejo al pie de la letra, así como se oye, al pie de la letra, y aunque no es nada de preocupante gravedad —pero ya resentida—, es mejor cuidarse, por lo que está obligada a guardar reposo por recomendaciones médicas que quedaron expresas en unas recetas que, por lo enredadas, la **A** no entendió ni jota, y que nosotros, por supuesto, no vamos a reproducir aquí, no faltaba más.

### **3. DONDE SE CUENTAN LOS EFECTOS DE LA FALTA DE LA A**

Sí, un escritor necesita un alfabeto, pero un alfabeto completo.

¿Y cómo iban a hacer las otras letras si la A, letra con que comienza el alfabeto, estaba incapacitada para andar por esa serie de aventuras que el joven escritor tuviera en mente para ella y sus compañeras?

Había que hacer algo, porque el chico que quería ser escritor estaba ya en esa etapa previa a todo proceso creador: buscaba aquí y allá motivos, temas, argumentos, historias, secuencias completas en las que actuarían personajes reales o ficticios, situaciones con retazos de imaginaciones y recuerdos, suyos o ajenos, y que las palabras, y sólo las palabras, aterrizarían luego que volaran por su mente.

Como si atendiera a los consejos que Stevenson y Rilke hicieran a todo joven escritor, nuestro artista exploraba su entorno, el mundo más próximo a él, aquel que conocía como nadie, rica fuente de inspiración.

Sin embargo, cuando estuviera listo, cuando sintiera que algo preciso le iba a brotar del corazón a las manos y se

sentara a escribir, ¿con qué lo haría si las letras estaban incompletas?

Entonces, señores, insistimos, había que hacer algo, pero pronto. Porque así es como se pierden no sólo grandes artistas, sino también pensadores, técnicos, científicos y deportistas: cuando lo necesario para adelantar su trabajo no está al alcance de sus manos. Y luego, esfuerzo, ánimo y creatividad se diluyen en empresas de menor valía, en actividades en que se desperdicia un talento, y se cree, en cambio, que todo hace parte de un inexorable plan que traza el Destino:

—Ese era su destino... ser eso y no lo otro... ¡Qué se va a hacer!, cada cual viene a lo que viene —justificarán los demás.

¡Y no, caballeros!, nadie viene a nada en particular previamente señalado, muchas son las cosas —entre ellas la presencia o carencia de algo—, que nos hacen elegir los caminos.

Y hay que entender que los éxitos y los fracasos no sólo se explican y justifican con la teoría premeditada y fatalista de la suerte.

Ustedes que han leído la fábula de *La Zorra y las Uvas*, saben más que yo al respecto.

Pero no nos distraigamos con otras historias cuando la nuestra apenas comienza, y menos con el problemita que tenemos sobre la mesa: la **A** está coja y un niño escritor va a iniciar su carrera en las letras.

#### 4. DONDE SE CUENTAN LAS PRIMERAS SOLUCIONES AL PROBLEMA DE LA FALTA DE LA A

La **A** está enferma y un chico que quiere ser escritor va a necesitarla. Punto. En eso estamos. Otro punto.

Y sucedió entonces que las demás letras en Asamblea Urgente se reunieron para analizar la situación. No faltó quien quisiera pescar en río revuelto, y aprovechando las circunstancias, propuso una solución conforme a sus intereses (como siempre y en todos lados, porque como dice el dicho, esto pasa hasta en las mejores familias):

—Bueno, dado que siempre he sido la segunda, por simple lógica de sucesión me corresponde ahora el primer lugar. Yo encabezaré el alfabeto que necesita este muchacho —dijo, por supuesto, la **B**.

Esa sola propuesta sirvió para que, como dicen por ahí, se armara el corre-que-te-cojo, pues aprovechándose de un argumento parecido, más de una comenzó a vociferar las razones por las cuales a ella y sólo a ella, le correspondía ocupar el sitio dejado por la **A**.

La **Z**, por ejemplo, que acabó por despertarse del todo con tanto alboroto, y aprovechando que un laaarrgooo

boosteeezzzzooo le había dejado los ojos falsamente tristes y llorosos, contradijo de inmediato a la **B**:

—Por el contrario, yo que he zido ziempre la última, en un acto elemental de justizia, ezijo zer la primera ezta vez.

La **X**, calculadora y enigmática, ahí mismo protestó:

—¡No! Seré yo. Siempre paso de incógnita, como el espía que sirve a su patria pero que a la hora de los honores, las condecoraciones, las placas o las estatuas, nadie nombra y recuerda.

—¡Ay, ay, y yo qué, ya ven, y yo qué, ay, ay! —exclamó la **Y**.

Pero la **K** y la **W**, con su marcado acento extranjero no se quedaron atrás, dijeron y redijeron que a ellas les correspondía tal honor. La **X**, la **N**, la **F** y la **B** se rieron burlonas a cuatro voces y comentaron entre sí que eso les sonaba a *pura invasión extranjera*.

—¡XeNóFoBas! —les respondieron iracundas la **K** y la **W**.

Bueno, y como sería largo enumerar las razones y sinrazones que cada una puso, propuso, repuso e impuso para ocupar el primer lugar, digamos que pronto la reunión terminó en zambra, en una enmarañada discutidera en la que ya nadie oyó ni entendió nada de nada de nadie, por lo que es un buen momento para alejarnos de semejante bullicio e irnos donde...

## **5. DONDE SE RELACIONAN ALGUNAS ACTIVIDADES DEL CHICO QUE QUIERE SER ESCRITOR**

Y mientras las letras debaten, ¿qué hace en ese momento el chico que quiere ser escritor?

Ahí está, sí, y por lo que vemos, en nada se diferencia de los demás muchachos, así que, si queríamos reconocer en él, digamos, alguna marca, alguna señal definitiva o especial que lo hiciera ver y actuar distinto, nos hemos equivocado.

Juega como los demás a los videojuegos, chatea, ve televisión, se entretiene con sus amigos, comparte con sus padres y abuelitos, va a la escuela y lee...

Sobre todo, lee, pide a sus padres revistas, libros, comics, se deja guiar por la profesora sobre ciertos títulos o autores, comenta con alguna amiga partes de sus lecturas, se queda horas y horas con sus abuelos escuchándoles sus historias de antaño, que ya el Mohán, que ya la Patasola, que ya la Viudita, que ya el Perro de Tres Cabezas, que ya la Madremonte, que ya el Maravelí... o los sucesos reales de la familia de antes, de mucho antes de que él naciera.

Quizá esta sea la diferencia que estábamos buscando, una

que a primera vista no se nota. Pero muchos muchachos son así, y no es precisamente que quieran ser escritores, objetará alguno.

Sí, bueno, sí. Pero no es menos cierto que para escribir, todo lo anterior es indispensable.

Quizá sea entonces la manera particular con que se acerca a las historias, las preguntas que le surgen después, la similitud y diferencia que establece con otras, en fin, como si esculcara en ellas, como si quisiera desentrañar algo en ellas que otros no reparan, como si intuyera que hay en su trabazón algún secreto oculto (que incluso al mejor de los lectores no le llama la atención) y que él quiere conocer.

Le pasa lo mismo que al chico aquel que descompone los juguetes para saber de qué están hechos, cómo funcionan, y de los que dicen que si les pasaran un balín, ¡un átomo!, empujados por la incontenible curiosidad y la fuerza del saber, lo desbaratarían.

O quizá sea ese brillo en la mirada, esa picazón en las manos, esa electricidad en el cerebro, esa motivación inexplicable que a todo *homo faber*, *homo ludens* y *homo sapiens*, empuja a decir *yo quiero hacer eso, yo puedo hacer algo igual, me gustaría probarlo...*

Es, entonces, cuando lo vemos que siente un deseo irresistible de sentarse a escribir...

## 6. DONDE SE CUENTA CÓMO BUSCAN UNA NUEVA Y POSIBLE SOLUCIÓN

Fue entonces cuando se escuchó, en medio de ese enredado ovillo de abucheos y protestas, el grito de la sonora y linguodental **D**, diciendo:

—¡Orden... orden! ¡De dónde esta diatriba del demonio que sin duda a nada nos conduce! Nadie diga nada más. No se trata de saber quién es o no la primera. Parece que nos peleáramos la herencia de alguien que ha muerto. ¿Ha muerto acaso la **A**?

Un silencio recorrió el salón, un silencio que repercutió en la conciencia de todos.

—No... no... ni que suceda —comentó gangosamente la **G**.

—¿Entonces qué sucede? —dijo la **F**, retomando el discurso de la **D**—. Francamente falla la familia fonética con tanta fanfarria farandulera, fanática, fatua, frenética, fofa, follisca y forajida. ¡Qué falta de finura, fusión y fraternidad en este foro!

—Somos buitres peleándonos una presa... ¡inexistente! —dijo la **D**.

—Cierto... El caso es estar completas para cuando el

chico escriba –apoyó la **C**.

—Pero es claro que el lugar de la **A** no puede quedar vacío –medró sin miedo la **M** con su conocida nasalidad—. Y yo me propongo ocuparlo.

—Está bien, está bien... Supongamos que tú haces las veces de **A**, ¿quién hará por ti las veces de **M**?

—Yo misma –contestó la muy mañosa **M**—. Podría cambiarme de aquí para allá a gran velocidad.

—Bueno, y los demás ¿cómo sabrán cuándo haces de **A** y cuándo de **M**? Supongamos que el chico escribe MAMA, los demás verían sólo MMMM...

Todo el mundo soltó la carcajada pues sonó chistoso, como cuando alguien con la boca llena quiere desesperadamente hablar.

—O que al escribir RIASE se lea RIMSE, como para desenredarse, ¿no? –dijo la **LL** llorando a carcajadas llenas.

—Jo, jo, jo –se escuchó a la **J** y a la **O** en sonoro coro.

—Ya, ya... ¡Silencio! Está visto –reflexionó la **C**, que aspiraba a organizar la discusión–, está visto que ninguna de nosotras puede ocupar el lugar de otra so pena de volver una palabra ininteligible o de cambiar su sentido, su significado.

—Entonces que ese niño se dedique a otro asunto... –refunfuñó la delgada **I**, tratando de empequeñecer el problema.

—¡Cómo se te ocurre! –protestó la **H**, parada firmemente en sus dos piernas y con los brazos en alto para ser oída por todas—. Si un hombre quiere ser escritor no será por nuestra culpa que no lo sea. No hay en el Universo oficio más bello que el de escritor. ¡Crear con el mágico poder de la palabra otro mundo en este mundo, nombrar lo que existe y no existe, lo posible y lo imposible, lo real y lo imaginario! Y de otro lado, por todas es sabido que en la Literatura es donde más podemos demostrar nosotras cuánto valem.

Solas y separadas, seamos la primera, la del medio o la última, no valemos ni significamos nada; somos lo que somos cuando el poder de la fantasía y el trabajo de un corazón vivo nos juntan, solidarias unas con otras en palabras de infinitas combinaciones que llevan la impronta de lo humano. Es entonces cuando el lenguaje que sostenemos es capaz de alzar vuelo, de lograr su mayor altura en busca de insospechadas bellezas, de posibilidades nuevas... Sí, sí. Este es un problema de todas y entre todas hallaremos una solución.

Otro silencio recorrió el salón, un silencio que fue roto por un coro de vivas, bravos y hurras emocionados.

—¡Lo que ha dicho la **H** es más cierto que un escarabajo!  
—rugió con su rancia rudeza raizal la **R**.

—¡Y eso que dicen que es muda! —comentó la **J**, y rieron.

## 7. DONDE SE CUENTA UNA NUEVA ALTERNATIVA AL ALFABÉTICO PROBLEMA

Después de la ovación por el emocionado discurso de exaltación y valoración de la lengua y de la creación literaria de la **H**, un largo silencio se había vuelto a apoderar del recinto. Nadie daba con el chiste, nadie hallaba la punta de la madeja que permitiera desenredar la pita.

Entonces, al borde del desespero, la bilabial **P** se arriesgó a hacer una atrevida propuesta:

—Yo creo entonces que le va tocar ir a la **A** aunque sea en una sola pata.

Un murmullo que parecía de unánime acuerdo recorrió el recinto, esa parecía ser la solución, y a punto estaba de aprobarse de no ser porque la **D** levantó la voz sobre los dispersos comentarios para opinar.

—¡No, no, señoritas! Por todos los santos signos, ¿qué les está pasando?

—Ve y sí, yo no veo por qué no —dijo la **V**, medio resabiada.

La docta **D**, como si diera un discurso o una cátedra, dijo muy didáctica:

—Si la **A** se presentara en una sola de sus piernas, la

izquierda, es muy posible, casi seguro, que la confundan con nuestro primo, el número **4**.

—¡Eso, ahí está, ahí está! Que un número reemplace a la **A** —propuso la **U**, tratando ingenuamente de ser salomónica

—¡Número, letras! ¡Bah! ¡Qué ensalada es esta! ¡Qué sígnico salpicón! ¡Qué suerte de literatura algebraica es la que ese muchacho escribirá! —criticó, molesta, la **I**.

—Y ese es el principio de toda pérdida de identidad —dijo la sinuosa **S**—. Por ese mismo camino llegará un día en que a mí me cambien sin más por el **5**.

—¡Oooh! ¡Dímelo a mí, a mí que también me usan como **Cero!** —se quejó la **O**—. Y me ponen ese hiriente chuzo encima, ó, dizque para distinguirme de él.

—Y qué me dicen de esa perversa moda de estos tiempos, que para escribir en una sola palabra, las palabras *niños* y *niñas*, dizque salomónicamente matan a ambas escribiendo *niñ@s*, ¡qué espantoso! Como si la o el (he allí otro problema) *@* fuera un signo lingüístico, muy bonita ella, o él, nadie lo va a negar, muy servicial en otros campos, pero aquí hay que decir como el filósofo aquel: una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa y otra cosa no puede estar en el lugar de otra cosa... —dictaminó la **D**.

—Entonces que vaya en su lugar la letra análoga de otro alfabeto, el griego, el árabe...

—...**O** el chino mandarín —completó la **O**, lasgándose los ojos y hablando como chi fuela china, tlatando de chel glachiocha.

—Es una solución, pero parcial. Tal vez lo entiendan aquellos que conozcan ese otro idioma, ¿pero y los demás? No se trata de escribir un jeroglífico. Y mal haríamos si queriendo informar algo lo volvemos incomprensible, un acertijo, un juego de adivinanza.

—Ese es el problema, no sólo de los alfabetos sino también

de los idiomas diferentes —añadió la **Ñ** frunciendo el ceño.

—¡Esperantooo... te esperamos tantooo! —cantó burlona la **O** con voz ronca.

—Inventémonos entonces una letra totalmente nueva y que sirva como **A** —dijo otra vez la **U**.

—Caemos nuevamente en un círculo vicioso —anotó la **C**—. Una letra de otro alfabeto o un fonema nuevo no solucionaría este problema que requiere una solución inmediata. Y aunque en teoría esto es posible ya que los signos son arbitrarios, es necesario que los usuarios convengan lo que cada uno significa; es un acuerdo común entre todos, y entre todos lo aceptan.

—Exacto —apoyó la **D**—. Si no fuera así, cualquiera inventaría su propio sistema de escritura, pero corre el riesgo de no ser entendido por nadie, sólo por él; sería el fin, la dispersión, la incomunicación completa, pues ¿qué se comunica cuando nadie entiende nada? Estaríamos ante la nueva torre de babel, ahora que la humanidad ha logrado estabilizar de nuevo sus lenguas.

—Es cierto. Y aunque admitiéramos cambiar la **A** por una nueva letra, pasarían muchos años antes de que esta fuera aceptada —dijo la **H**.

—Y para entonces ya habrá crecido el muchacho, se habrá ocupado en otra cosa, quizá haya muerto sin haber escrito un solo verso, una sola frase —concluyó la **F**.

—Está visto que estamos como estábamos —dijo la **T**, con los brazos extendidos a los lados, impacientándose.

—No hemos hecho más que cerrar el círculo —dijo la **O**, que sí sabía lo que era dar vueltas.

—En conclusión, ninguna de nosotras o cualquier otro signo puede reemplazar de buenas a primeras a nuestra compañera la **A**.

## 8. DONDE SE CUENTA CÓMO DE MANERA INESPERADA ENTRA EN ESCENA OTRO PERSONAJE

—¡Muy cierto! Y lo mismo pasaría si faltara cualquier otra de ustedes. Por eso estoy aquí.

Un silencio recorrió el salón, un silencio sorpresivo que se convirtió en una colectiva mirada, recelosa y enigmática a quien se atrevía a interrumpir tan importante asamblea familiar... ¡Ya iba a ver lo que todas le iban a decir a tan osado intruso!

Cuando era inminente que todas se fueran contra el anónimo advenedizo, alguien advirtió:

—Esperen, esperen...

Y enseguida cayeron en la cuenta.

—Pero si es...

—¡Y en sus dos piernas! —exclamaron todas al unísono.

—Ajá, dijo la A —mientras cruzaba el amplio salón de sesiones—. Y será mejor que dejen tanto alegato...

—¡Y por lo visto está recuperada! —exclamó jubilosa la H.

—Bueno, no del todo, pero puedo hacer camino.

—Estábamos en Asamblea porque... —trató de explicar la F.

—Sí, sí, lo sé todo; no crean que hasta mi lecho de reposo no me llegó el eco de la barahúnda. Por eso, cuando me di cuenta de que el problema se podría agrandar, y mientras ustedes examinaban, opinaban, debatían, razonaban, disputaban, altercaban y hasta peleaban, yo me dije a mí misma: «A, tienes que recuperarte, ¡pero ya!», y aplicándome compresas de agua fría y caliente alternadamente, más unos masajes con cierta crema analgésica hecha de árnica y consuelda en la pierna adolorida, me sentí mejor. Y aquí me tienen, lista para ir con ustedes adonde nos necesiten, pero despacito eso sí, hay que decirle al chico que despacito... y a trechos cortitos, cortitos... porque la A, por ahora, no está para hacer novelas...

—¡Bien! —exclamaron la B, la I, la E y la N una tras otra. Y se fueron todas juntas...

A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N,  
Ñ, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z...

Saltando, riendo, cantando, como niños que salen de paseo, de aventura.

En el camino se les unieron los signos ortográficos, de gran ayuda para leer e interpretar correctamente lo que se escribe, había que ver como los signos de puntuación

, “ ” . ( ) : ; ! [ ] ; — ... ¿ ?

que son los encargados de controlar las velocidades del tráfico verbal, las pausas y las entonaciones, se entusiasmaron cuando les dijeron a dónde, con quién y a qué iban.

Y como los signos auxiliares

| \* " § { } ' \_

tampoco se querían perder de la aventura, se pegaron de inmediato a cumplir con la tarea de ayudar en todo aquello que brotara hecho palabra del fecundo y fantasioso ingenio del joven escritor, que en ese preciso instante comenzó a escribir:

*Dos hechos sin ninguna relación aparente coincidieron en un mismo día...*



**M**amá quizá no esperaba que yo estuviera allí a su regreso del trabajo. Como no encontré a Eusebio en su garaje fui directo a casa y me entretuve en un rincón con mis garabatos.

No fue sino que entrara para percibir que ella no venía sola y que esta vez una presencia imponente había venido con ella: la tristeza más absoluta. Una pesada desazón le desencajaba el rostro a ese ser que yo más amaba, le oprimía el cuerpo y la hacía ver ante mí más pequeña, como una semilla que al sentir que ya no va a dar más frutos, se arruga y se recoge sobre sí misma, como si quisiera desaparecer.

Quise acercarme a ella y preguntarle qué le pasaba, pero reprimí el impulso porque intuí que su preocupación reclamaba soledad, y era por eso quizá que había llegado un poco antes del trabajo, para no encontrarse conmigo, o mejor, para que yo no la viera así, opaca, mínima, como una sombra al ponerse el sol.

La escuché sollozar. ¿Alguna enfermedad?, pensé. ¿Sería el cansancio de tanto batallar, sobrevivir y tener a cargo a un muchacho como yo que en muchas cosas no podía aun valerse por completo por sí mismo? ¿Debía irme, dejarla sola para no seguir siendo para ella una carga? ¿Era mejor

que ella continuara su propia vida sin un peso más, sin una responsabilidad que la agobiara? Irme como Ictio una madrugada de estas (después de todo yo también me llamaba así, Víctor Manuel) para convertirme en hombre. Dejar de ser una cometa dependiente, cortar el hilo, el cordón umbilical que aun restaba y convertirme en un pájaro, o quizá en un avión.

Como no pude más, me acerqué, y sin que ella lo notara la abracé por detrás.

—Mamá, qué te pasa...

Ella quiso reaccionar, quizá reponer su usual estatura, restituirse en su ánimo de siempre para conmigo, y quizá decir que no pasaba nada, mentir quizá diciendo que a pesar de todo en algo extrañaba a papá, cosas así que se dicen a los que amamos para justificar un súbito debilitamiento del espíritu, para que no terminen siendo pararrayos afectados de las descargas de nuestras tormentas emocionales.

Pudo, pero mamá sabía algo. Sabía, y mucho, que a los chicos como yo, a quienes no les ha resultado la vida cómoda después de todo, a quienes la escasez material golpea pero saca callos mientras van dando tumbos metidos en el guasá de la existencia, se convierten pronto en personas más agudas y pilosas, a quienes no se les puede engañar como a los niños ingenuos que se quiere tener en una burbuja para que nada malo de este mundo cruel los toque, los afecte, los deprima... Entonces mamá me miró y me lo dijo todo en una sola frase:

—Manuelito, mijo, me echaron del trabajo —y vi mi silueta líquida en los ojos llorosos de mi madre.

—¿Y eso?

Ni siquiera supe a qué se debía mi pregunta cuando el hecho era un absoluto, quizá fue para que no se viniera un silencio mucho más doloroso, y eso madre lo entendió también, pues como si fuera la cosa más usual del mundo, y

de hecho era el pan diario en un país como el nuestro, dijo:

—Recortes les llaman, que por ahora ya no hay más trabajo, que cuando haya nos comunicaremos con usted, corren tiempos difíciles, usted entenderá, es una pena, claro, entendemos perfectamente su situación, pero ante una economía tan inestable y sufrida todos tenemos que padecer las consecuencias, apretarnos un poco el cinturón, pero no se pierda, misiá, usted es valiosa para nosotros, recuerde siempre, esta fábrica, esta oficina, este almacén, es la casa de ustedes... Fuimos tres mujeres las que echaron esta vez, pero a la puerta estaban otras tres mujeres, bien vestiditas y jóvenes que entraron apenas salimos.

—Oh...

—Pero tú no te preocupes, Manuelito, mañana mismo salgo a buscar chamba, como decimos nosotros, los desempleados, los necesitados.

Y una vez más, tras el trabajo de mamá, nos tuvimos que ir al otro lado de la ciudad, a otro barrio pobre lleno de pobres. Los barrios de los pobres están siempre lejos del centro, algunos se ubican en un polo y otros en otro polo, están regados alrededor y en todos lados, como lo estaban en el tablero los sinónimos de la palabra centro nieve.

Creo entonces que me quedé pensando en la palabra central pobreza o quizá sería la palabra miseria, y de inmediato una molécula espantosa comenzó a irradiarse en mi cerebro, a explotar su infame reacción en cadena. Sus efectos todavía resuenan en mi mente.

Y había confirmado de nuevo algo: el santo valor de mi madre. Yo sabía quién era mamá, una guerrera, una heroína, pero yo, ¿quién era?



# **El avioncito que no sabía volar**



## Elemento I: el fuego del enigma

Hay un día en la vida de cualquier individuo en que tarde o temprano se hace seriamente y con ahínco ciertas preguntas. Quizá las tres más importantes y las que todos nos hacemos, son estas:

¿Quién soy?

¿Para qué estoy aquí?

¿Para qué sirvo?

Para nadie es fácil contestarlas.

Bien, y si no es fácil responderlas, ¿entonces para qué contestarlas? ¿No sería mejor dejar de lado estas preguntas tan latosas, tan enigmáticas, apartarlas y olvidarlas?

Mejor dicho, hacer como que jamás se nos han aparecido, y seguir con nuestra vida tan tranquilos, hacer como que aquí nadie ha preguntado nada.

¿Aplicar la estrategia del Avestruz, dices? ¡Eso! ¡Exacto!, se nota que estás pilas. Sí, que es vivir en la Tierra, pero bajo tierra, con la cabeza y sus ideas a escondidas, lo mismo que un Topo también.

Pero hay un problema. Ocurre que esto tampoco es fácil.

Son preguntas persistentes, sabes, mucho muy tercas, como piojitos que nos merodean la cabeza, y pican, pican, pican, y rascan, rascan, rascan...

Así que hay que responderlas, o al menos, intentar hacerlo.

## Elemento II: el agua de la duda

Una de estas preguntas fue la que inquietó el día menos pensado a nuestro personaje, un avioncito que había vivido desde sus primeros años —no me preguntes cómo; nadie sabe cómo— en un paraje selvático en compañía de aquellos que consideraba sus amigos, unos pachorrudos caimanes, una manada de corretones potros salvajes, fieras, pájaros y más aves, entre muchos otros bichos del lugar. ¿Qué lugar? Bueno... Piensa por ejemplo en los Llanos Orientales, extensión y selva... Sí, por ahí estará bien.

Pero que esto no disperse nuestro cuento, porque aquí no estamos hablando tanto del estar como del ser, porque la pregunta que el avioncito se hizo fue esta:

—¿Y yo quién soy? ¿Qué soy? De entre todos mis amigos ¿a cuál pertenezco?

Estas fueron las preguntas iniciales con que el avioncito comenzó el largo y duro camino de hallar por sí mismo su propia identidad; las razones que en adelante sustentarían la manera de ser y estar en el mundo.

—Tal vez sea un ser acuático —se dijo al ver a los caimanes flotando muy orondos en medio de la laguna—. ¡Sí! ¡Eso! Soy un ser acuático, he nacido para reposar sobre las aguas como mis amigos los caimanes. ¡Mírenlos!, tendidos cuan largos son sobre el agua... Bueno, también yo soy largo, así que...

Apoyándose en este entusiasta silogismo se tiró jubiloso al agua, el avioncito se tendió imitando a los caimanes, ya iba a voltearse para que le diera el sol en la panza, cuando...

—¡Oh! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Me hundo, por todos los cielos, y por todos los abismos!, ¡me hundo, no floto y me hundo!

Más cierto para dónde, el avioncito se hundía poco a poco debido al empuje de su propio peso, y nada podía hacer más que gritar:

—¡Me ahogo, me hundo y me ahogo!

Y habría acabado sus días en el fondo de la laguna de no ser porque sus amigos, los caimanes, al darse cuenta de la emergencia se deslizaron velozmente —con la fluidez propia de los caimanes, claro— a socorrerlo.

—Hombre, chico, ¿y a ti qué te pasa? —preguntaron en coro los oportunos salvavidas.

—Pensé que era un ser acuático, como ustedes, y que la laguna era el sitio en que debía estar —confesó el avioncito, entristecido y botando, entre tos y estertor, el resto del líquido que había tragado.

—Demostrado está que no. No puedes flotar, no es el agua tu elemento y no sabes nadar —le dijeron los caimanes, casi cantando—. Ve y prueba en otra parte.

Así lo hizo.

## Elemento III: la tierra del no saber

Ese día los potros salvajes apostaban carreras, al verlos, el corazón del avioncito sintió una súbita alegría. Allí debía estar la respuesta. ¡Si no servía para estar en el agua, podría ser que en la tierra sí! Luego la razón de su vida era correr, correr y correr como los potros, los jaguares... ¡Claro!

Convencido de ello se pegó a la manada y corrió a su lado, alegre, retozón... Pero sólo unos minutos. Más duró el entusiasmo que la carrera. Un corto trecho fue suficiente para que se le escapara el aire, sintiera mareo, viera todo nublado, diera vueltas y, borracho y sin aliento, quedara rezagado de sus amigos, jadeando, arrastrándose por el suelo, suplicando un poco de oxígeno.

Un topo que sintió encima el estrépito del avioncito al caer desmayado, salió de su cueva a ver cuál era el escándalo.

—¿Te has vuelto loco? —le dijo al verlo con la trompa entre el polvo.

—Sólo intento saber para qué he nacido. Acuático no soy, no sé nadar; terrestre tampoco, no sé correr, me canso pronto...

—Subterráneo sí que menos, te aconsejo que ni siquiera intentes cavar —le dijo, malgeniado, el topo ermitaño, y antes de meterse de nuevo en sus asuntos, le echó de sus terrenos gritándole: —¡Lárgate, vuela, vuela, vuela de aquí!

Cabizbajo, apenas repuesto de la asfixia, pero sobre todo, herido por su nueva derrota, el avioncito echó a andar, oyendo aun las palabras nada amigables del topo: ¡Lárgate, esfúmate!, corre, corre, vuela, vuela...

—¿Lar...? ¿Vu...? ¿Vue... la? ¡Vuela! ¡Pero claro, cómo no lo pensé antes, cómo no se me había ocurrido! Si no sirvo para el agua, ni para correr, entonces tengo que volar, ¡debo volar! Sí, sí, volar... por descarte, no hay de otra —y de pronto una duda, una de esas que se te paran ahí para punzarte, como una cerca de alambre de púas, le disminuyó la alegría de su hallazgo—. Sí, volar, sí... ¿Pero cómo?

Verdad. ¿Cómo iba a volar? ¡Un momento! Ahora recordaba: cuando corrió junto a sus amigos sintió algo extraño, algo así como... que... ¡Sí, sí, eso era! Sintió que en el momento de mayor velocidad... ¡se levantaba! Preocupado estuvo por correr que no reparó en esos saltos que por unos instantes lo despegaban del suelo. Ahora bien, si esta vez corría, pero mucho más rápido y pensando únicamente en que debía volar, que no correr, tal vez podría levantar el vuelo... ¡Sí!

Y lo intentó. Corrió cuanto más pudo, duro, decidido, hasta quedar sin aliento, pero nada que volaba siquiera un metro; no logró más que los mismos saltitos que medio lo subían para de inmediato, volver a tierra. Tan poca altura no valía tanto esfuerzo. Era un fracaso.

Es que a veces no basta con tener solo la idea en la cabeza ni el entusiasmo en el corazón.

## Elemento IV: el aire de la esperanza

Pero el avioncito no desfalleció. Vistas las cosas desde otro ángulo, había avanzado mucho. Al menos sabía ya qué buscaba y ahora que estaba seguro —eso creía— de cuál era su misión, no iba a dejarse derrotar... ¡No señor, ahora menos que nunca!

Si los caimanes le habían demostrado que no era un ser acuático y los potros que no era uno terrestre y el topo que tampoco subterráneo, ¡alguien propio de los aires le enseñaría a volar! Era lógico; más que lógico.

Al primer volador que se topó en el camino pidió ayuda para que lo acercara a los prolegómenos del vuelo. Se trataba de una sinuosa mariposa, que con gracia inigualable se posaba de arbusto en arbusto.

—Amiga mariposa, necesito de usted un favor.

—Si se puede con mucho gusto.

—Quiero que usted que vuela me enseñe a volar.

—¿A volar? Bueno... este... yo... vuelo, sí. ¿Pero enseñarte?

No sé cómo podría. Mira, yo salto de flor en flor, y en el aire agito mis alas. Quizá si haces lo mismo...

El avioncito lo intentó, pero no hizo más que estropear algunas flores, y dejar una lluvia de hojas, estambres y corolas detrás de su caída.

—No, no sirvió —concluyó la mariposa—. Tal vez funciona sólo para mí que soy diminuta. Pero si fueras adonde el loro que está allá, a lo mejor él podría.

—De todos modos, muchas gracias.

Se acercó al loro que picoteaba golosamente unas guayabas, y le dijo:

—Amigo loro, necesito de usted un favor.

—Si se puede con mucho gusto.

—Quiero que usted que vuela me enseñe a volar.

—¿Volar? Bueno... este... yo... vuelo, sí. ¿Pero enseñarte? No sé cómo podría. Mira, yo salto de rama en rama, y en el aire nuevo rápidamente mis alas. Quizá si haces lo mismo...

El avioncito buscó una rama apropiada y de ella saltó a otra, un breve instante en el aire y ¡pum!, al suelo.

—No, no sirvió —concluyó el loro—. Tal vez funciona sólo para mí que soy pequeño. Pero si fueras adonde el cuervo que está allá, a lo mejor él podría.

—De todos modos muchas gracias.

Llegó donde el cuervo que miraba embriagado el paisaje sobre la copa de un árbol.

—Amigo cuervo, necesito de usted un favor.

—Si se puede con mucho gusto.

—Quiero que usted que vuela me enseñe a volar.

—¿A volar? Bueno... este... yo... vuelo, sí. ¿Pero enseñarte? No sé cómo podría. Mira yo me impulso de un árbol a otro árbol, y en el aire bato rítmicamente mis alas. Quizá si haces lo mismo...

Eso le dijeron y eso hizo, el mismo árbol en que estaba sirvió de punto de lanzamiento hacia el otro árbol que tenía unos largos metros adelante. Avión en el aire, una súbita

voltereta atrás: avión en tierra, con la panza raspada.

—No, no sirvió —concluyó el cuervo—. Tal vez funciona sólo para mí que soy mediano. Pero si fueras adonde el águila sólo suele estar allá, a lo mejor ella podría.

—De todos modos, muchas gracias.

Buscó al águila, que dicen es muy buena voladora. Estaba encumbrada en unos riscos, contemplando el sobrio panorama. Le dijo:

—Amiga águila, necesito de usted un favor.

—Si se puede con mucho gusto.

—Quiero que usted que vuela me enseñe a volar.

—¿Volar? Bueno... este... yo... vuelo, sí. ¿Pero enseñarte? No sé cómo podría. Mira, yo me suelto desde esta montaña y una vez en el aire extendiendo mis alas, escondo las patas hacia atrás, agacho la cabeza y me dejo llevar por el viento, de vez en cuando agito fuertemente mis alas... Quizá si haces lo mismo...

Decidido, el avioncito se lanzó al vacío, esperanzado se entregó a las corrientes del viento, por un instante iba todo bien, sin embargo, algo inesperado, ¡un remolino!, que es un nudo de aires, y el avioncito que da unas locas volteretas. El mundo se le movió para todos lados, y él mismo, en la desesperación por controlar la situación, ayudó a perder altura, y cuando menos lo pensó se vino abajo, en picada.

Con la nariz golpeada y las alas adoloridas intentó ponerse de pie, pero el mareo, esa espiral con náusea que tenía en la cabeza y en los ojos, no le permitió avanzar mucho. ¡Es que desde esa altura! Afortunadamente el accidente no llegó a mayores.

—No, no sirvió —concluyó el águila—. Tal vez funciona sólo para mí que soy liviana. Pero si fueras donde aquella lechuga, ella es muy sabia, sabe de muchas cosas, a lo mejor ella podría.

—De todos modos muchas gracias.

Humberto Jarrín B.

---

## Elemento V: la noche que ilumina

Hay búsquedas difíciles, difíciles y dolorosas, y hay momentos en que uno cree que la meta no se ha de lograr. Y se necesita de un corazón no sólo persistente, sino también resistente para seguir y seguir. Sostenido por el espíritu de un pensamiento así, llegó el avioncito al sitio donde estaba la lechuza. Era ya de noche y, agarrada de una rugosa rama y con los ojotes cerrados, la fuliginosa ave parecía más bien dormir que meditar.

—Amiga lechuza, necesito de usted un favor.

—Si se puede con mucho gusto —contestó con voz pausada, sin tomarse la molestia de abrir los ojos. Parecía como si mirara todo desde la profundidad de ella misma.

—Quiero que usted que vuela me enseñe a volar.

—¿Volar? Bueno... este... yo... vuelo, sí. ¿Pero enseñarte? No sé cómo podría. Mira, tal vez si fueras una lechuza te diría ciertamente cómo hacerlo. Una lechuza le enseña a otra lechuza; un águila a otra águila; un cuervo a otro cuervo; un loro a otro loro...

—Sí... y una mariposa a otra mariposa... —concluyó, desganado.

—Exacto.

¡Ahora sí que era el acabose más rotundo! Las palabras de la lechuza habían dado al traste con el último retazo de esperanza del agobiado corazón del avioncito.

—De todos modos muchas gracias.

Se devolvió por donde vino, la cabeza hundida, el ánimo afligido, el cuerpo lastimado... Resignado a no ser quien era, a no lograr lo que había anhelado.

—Pero sí sé quién puede enseñarte —le gritó la lechuza, abriendo apenas un ojo.

Fue como si le inyectaran una nueva vida. Ahí mismo regresó sus pasos y con ansiedad le insistió a su amiga:

—¿De veras? ¿Hay alguien que en verdad puede enseñarme a volar? ¿Quién? ¡Quién! ¡Quién! —y saltaba con sus llantitas.

—El hombre.

¿Oía bien? Sí. Esta vez fue como si le hubieran echado un baldado de agua helada. Se quedó mudo y frío. Sintió ganas de llorar pero prefirió reírse, mientras le reprochaba a la “sabia” lechuza:

—¿El hombre? ¡Ja! ¿El hombre? No me haga reír que me da por llorar, señora lechuza. Le chuzan las ganas por burlarse de mí, ¿no es cierto? ¿Cómo podría el ser humano enseñarme a volar si ni siquiera él vuela?

La lechuza, pacientemente, dejó que el avioncito descargara todo su desencanto, y al final, sin ofenderse ni una pluma por los reclamos irónicos que le habían hecho, dijo:

—Precisamente, precisamente porque él no vuela es que ha tenido que descubrir por su cuenta los secretos de la técnica de volar. Quien más sabe acerca del vuelo, sus formas

y métodos, sus peligros y beneficios es, sin duda, ¡el hombre!, mi pequeño y ansioso amigo.

La manera segura, llena de respeto y de admiración como la lechuza se refería a este ser, hizo que disminuyera esa mueca de risa incrédula e irónica del rostro del avioncito, a punto de llorar. Y de todos modos, ¡benditos aires!, ¿qué perdía con intentarlo una vez más? ¿Tenía acaso otra alternativa?

## Elemento VI: el metal del espíritu

No. El Avioncito no tenía otra alternativa. Así que, helo ahí haciendo camino de inmediato, en busca de aquel que habría de enseñarle a volar.

Largo trecho le tocó andar a nuestro personaje, jornadas tras jornadas, fatigosas, accidentadas. ¡Vaya si estos sujetos viven lejos! ¡Buscan los lugares más apartados y difíciles para vivir!, pensó. Pero el corazón es un motor fuerte, infatigable cuando lo anima la esperanza y la pasión de buscar. Y llegó.

—Amigo hombre, necesito de usted un favor.

—Si se puede con mucho gusto.

—Quiero que usted que... bueno, usted que sabe cómo se vuela me enseñe a volar.

—¿Volar? Pero claro, claro que puedo enseñarte. ¿Cuándo quieres comenzar?

—Ahora mismo. La verdad, ya he perdido mucho tiempo en otros intentos, fallidos por cierto —se quejó el avioncito, y le mostró sus raspones.

—Bueno, bueno, tampoco es para desanimarse ni apresurarse. Los intentos fallidos tienen la virtud de hacer

más notorios los errores del camino elegido, y proponernos otras rutas. Ahora bien, lo primero que tienes que hacer es conocerte a ti mismo.

—¿Qué?

—Conocerte a ti mismo. ¿No has oído la famosa frase *Conócete a ti mismo*? Estaba en la puerta de un antiguo oráculo. A mucha gente le ha servido.

—¿De veras?

—Lo que te quiero decir con ella, es que primero debemos saber qué tenemos, para qué sirve lo que tenemos, qué hacemos con lo que tenemos, y por último, cómo hacemos lo que queremos con lo que tenemos y conocemos.

—Parece un trabalenguas.

—Je, je, je... Quieres volar, ¿no?

—¡Oh! Sí, sí...

—Entonces veamos si tienes lo necesario para ello.

Y dicho esto, el hombre da varias vueltas alrededor del avioncito, revisándolo. *Hum, sí... sopesa... Hum, jum, sí... evalúa... Hum, jum, hum, sí... determina... Hum, jum, hum, jum, mínimo, pero sí... calcula... Jum, jum, jum, también... concluye...*

—¿Y bien?

—Sí, sí... Aunque muy elemental, pero sí. Bien, bien. Ahora dime, ¿sabes para qué es esto? —le pregunta señalándole las hélices.

—No, señor.

—¿Y esto? —le señala los motorcitos.

—No, señor.

—¿Y esto? —le golpea la cola.

—No, señor.

—¿Y a questo? —le indica las alas.

—Tampoco.

Y así le preguntó si sabía para qué servía cada una de sus otras partes. El avioncito por supuesto no sabía o dudaba y

debió responder a todo negativamente.

—No te preocupes; ahora mismo comenzarás a conocerte a ti mismo —le animó el hombre, paciente y comprensivo—. Pues mira, para empezar, eres un avión. Métete esto en la cabina y en todo el fuselaje. Y los aviones, mi ignaro amigo, a pesar de ser más pesados que el aire, vuelan gracias a que son sustentados en este mismo aire por estas superficies que llamamos alas, y propulsado por las hélices, unidas al motor que, al acelerar y remover el aire lo empujan hacia atrás, haciendo que tú, por reacción, te muevas hacia adelante, ¿me entendiste?

—Je, je, creo que sí, no, sí, señor...

—Okey, así me gusta. Ahora bien, en la parte trasera de las alas están los alerones, móviles ellos, ¿ves?... No te rías.

—Es que siento cosquillas.

—Sirven para inclinarte y efectuar los virajes. Esta aleta vertical de aquí atrás, te sirve de estabilizador. Ella, junto con los alerones, se comporta como un timón, forzando el aire, y permiten que dirijas y controles el vuelo.

—Y cómo es que puedo levantarme, despegarme del suelo...

—Paciencia. Ya vamos para allá. Primero es necesario saber qué hacemos cuando estemos en el aire y luego nos ponemos en él y navegamos.

—Teoría y práctica.

—Es correcto.

—Como usted ordene.

—Mira —le dijo, mostrándole una hoja de papel tamaño oficio. Procedió luego a sujetarla horizontalmente con las dos manos a lo largo de uno de los bordes más prolongados.

—¿Y? ¿Qué pasa? Es una hoja torcida hacia abajo.

—De superficie convexa, para ser exactos. Sopla fuerte por un extremo de modo que el aire pase por la parte de

arriba —el avioncito sopló—. ¿Qué notaste?

—Que el otro extremo se levanta.

—Correcto. Este papel se comporta como tus alas. Así es como te elevas.

—¿Eso es todo? ¿Y cómo o por qué ocurre?

—Si miras bien las caras de tus alas podrás observar que la de arriba está combada, semejante a la hoja de papel. Cuando corres y te impulsas ayudado de las hélices, la velocidad que llevas hace que el aire resbale con mayor rapidez por la superficie más larga arriba del ala, que sobre la cara inferior más corta. La presión del aire que pasa por debajo con menor rapidez es mayor que la presión del aire que pasa por encima con mayor velocidad. Cómo dicen los matemáticos, es inversamente proporcional.

—Ajá.

—Esta diferencia de presión crea una fuerza ascensional, llamada también fuerza de sustentación que te obliga a subir. Y así es como te puedes mantener en vuelo, cuando todas tus partes trabajan coordinadamente para un mismo fin. Lo demás, las piruetas, las cabriolas, las volteretas, todo lo que quieras, todas las habilidades, son cuestión de experiencia, pues todo tiene su maduración y su tiempo.

—¡Maravilloso!

—Sí, maravilloso, pero ahora a comprobarlo.

—Pa'luego es tarde.

—Sí. Aprovechemos que estamos en agosto y sus aires vigorosos son una fuente de inspiración para todo aquel que desee remontar el vuelo. ¿Por qué crees que hay tantas cometas, tantos pájaros coloridos? ¡Ve, si hasta esa cometa de allá parece un pájaro! Ah, eso sí, ten cuidado con ellas no vayas a enredarte con alguna. Debes mantenerte alejado de ellas. Ninguna tiene un vuelo autónomo como para esquivarte. De los pájaros también, sobre todo de esos grandotes que

últimamente he visto por allí.

—Lo recordaré, lo recordaré.

## **Elemento VII: los vientos del triunfo**

En adelante es poco lo que podemos decir, el avioncito, siguiendo las instrucciones técnicas y llevando al pie de la letra las indicaciones últimas que el hombre le hiciera, logró su propósito. Un vuelo torpe al principio, nervioso, inseguro, pero vuelo al fin y al cabo, y como dijera el hombre, el resto era cuestión de tiempo, sobre todo ahora que puede sustentarse sin sufrir las otras estrepitosas y dolorosas caídas.

Estaba feliz, profundamente feliz, pues había logrado ser lo que era, y cuando uno logra ser lo que es, la felicidad hace que demos gritos, gritos con que manifestamos lo bien que nos sentimos, la alegría de nuestro triunfo, como lo hacía el avioncito.

—¡Vuelo! ¡Vuelo! ¡Vuelo! ¡Sí! ¡Vuelo!

Agradecido profundamente con el hombre y prometiéndole que volvería a visitarlo, se fue, no sin antes darse otra pasadita cerca de las cometas con el ánimo juguetón de provocarles envidia, también por donde sus amigos, aquellos que, a su modo, en cada fracaso, le habían ayudado a subir un poco más arriba hasta dar con quien le enseñó el dominio definitivo

de los aires, los secretos del vuelo, como un ave más.

—¡Amiga águila! —Le gritó al pasar junto al risco en que se encontraba—. Lindo paisaje, ¿no?

—¡Avioncito!

—El mismo que alza y vuela. Y parte del éxito se lo debo a usted —dio una vuelta de redonda jovialidad—; así que en agradecimiento, quisiera que un día de estos me acepte una invitación a pasear por estos aires... ¡Un paseo de gran altura!

—Pasearemos, claro que pasearemos —le dijo contenta el águila viéndolo alejarse, volando.

Lo propio hizo con la lechuza, el cuervo, el loro, goloso guayabero, y la mariposa, la sinuosa mariposa.

Los potros detuvieron por un momento su alocado galope para ver pasar por encima a ese viejo y perseverante amigo.

Los caimanes hundidos, con la cabeza apenas fuera y los ojotes como pelotas flotando en el agua, vieron que alguien totalmente nuevo se deslizaba por esas azules aguas del gran estanque del cielo, y con una aserrada y larga sonrisa le devolvieron el saludo.

Hasta el hurraño y ermitaño topo dejó un instante sus profundas ocupaciones para salir a gritarle una amigable amenaza:

—¡Pasa otra vez asustándome y haciendo tu escándalo y verás... y verás que tendrás que darme no una sino cien vueltas!

*Así los días del brioso volador  
transcurren suspendidos en el aire,  
alocada juventud que galopa  
en invisible y mágico follaje.  
Entre nubes de alma vaporosa  
cruza, asciende, vira y baja,  
ríe y silba, baila y canta*

la aérea libertad de la que goza.  
En vértigos que dibujan trazos,  
en torbellinos bordados gira  
dejando a tramos huidizos lazos  
hechos con cintas de luz y brisa.



**C**uando crecí y el conflicto entre palabra e imagen ya la daba por saldada en favor de la segunda (con el tiempo me había vuelto un experto en el dibujo, en la técnica delicada y precisa del trazo sinuoso, y de mis manos e imaginación salían fácilmente, a veces como en surtidor, aquellas creaciones icónicas), algo sucedió para que todo tomara un rumbo diferente.

Ahora ya no tengo dudas de que las palabras son maravillosas, a veces, cuando uno las obliga, dicen cosas distintas de lo que dicen. Y eso hace que uno tenga siempre cosas nuevas para decir. ¿Será que son más juguetonas? Quizá por eso han terminado por gustarme tanto como los dibujos.

¿Qué precipitó este giro que completó aquella otra parte del lenguaje que por mucho tiempo permaneció en el olvido? Un hallazgo quizá ya no esperado.

A punto estaba de terminar mis estudios en Bellas Artes y preparaba la carpeta con que iba a hacer mi trabajo final. En el piso —esa superficie del mundo en la que uno de niño lleva a cabo la mayoría de sus actividades y en la que, por supuesto, yo también hice mis primeros trazos o garabatos— tiré todas

las piezas hechas hasta entonces en procura de hallar un tema y contenido que orientara mi trabajo de grado.

Lo que allí tenía era una colección variopinta, dispersa en temas, estilos y técnicas: la serigrafía, que podía simular muy bien valiéndome de programas de computador; la pintura al óleo, siempre difícil cuando el tiempo apremia; la tinta que requiere precisión; los rotuladores para dotar a las ilustraciones mezclas de tonos claros y limpios; los bellos y siempre agradecidos lápices de colores con los que lograba detalles muy finos, sombras satinadas y contrastes intensos; el pastel con que aterciopelaba y saturaba superficies; igual la acuarela y sus transparencias para las grandes áreas; y la pintura acrílica si de texturas y efectos ópticos se trataba, todo, todo lo probaba, todo lo esparcía, todo lo embarraba y diluía, todo lo que la tierra y la tecnología ponía en mis manos lo tiraba sobre las espacios, lienzo, papel, madera, cartón...

Todo mi trabajo era una permanente actividad de pruebas y copias, un constante collage de materias y entusiasmos, de sensaciones y búsquedas que me venían de tiempos idos...

Sí, todo era una marea pictórica revuelta y confusa. Me acordé del ejercicio con la palabra *nieve* en el tablero de mi antigua profesora de primaria, pues no veía por ningún lado el *dibujo* que se suponía debía ver.

Sin saber cómo ni bajo qué estímulo mental, apareció un primer contorno de lo que al parecer buscaba. Cometas coloridas, tipografías llamativas y que se movían por sí solas, árboles resplandecientes, pájaros coloridos, peces en las profundidades superficiales y abisales, semillas que se convertían en mariposas doradas, mariquitas tachonadas de lunares... Ahí estaban, estas imágenes se juntaban solas, y al hacerlo encontré la segunda clave: sin saberlo, una significativa parte de mi trabajo lo había dedicado a la ilustración infantil.

Todas esas piezas resaltaban plenas de colorido, con

atmósferas fantásticas, con líneas juguetonas y atrevidas. Eran ilustraciones, pero ilustraciones ¿de qué? Lo supe en el acto. Venían del pasado. Mi memoria, ese guasá de recuerdos redondos, había sido agitada, y ahora me sonaba (me soñaba también) dentro.

Había encontrado la forma y el contenido de mi trabajo de graduación, mi tesis sería un trabajo de creación alrededor del libro infantil y juvenil ilustrado, o del libro-álbum, ya vería cuál de los dos. Ya tenía el germen de las imágenes con que contaría, pero me faltaba su complemento, la narración literaria, las historias. Tenía que ir a buscarlas.

Había solucionado mi inquietud intelectual y académica, pero, como consecuencia de este hallazgo, el reposo de mi espíritu también se había alterado.

—Eusebio, llegó la hora de irme.

—Esa es tu naturaleza o tu destino, míralo así. Eres un pescadito aventurero, una cometa agitada, un pájaro escurridizo, un avión que aprende a volar poco a poco, paso a paso, salto a salto, golpe a golpe... Uno se hace al andar.

—Eso significa que ya no serás mi abuelo-vecino, ¿cierto?

—La palabra vecindario está hecha de goma, muchacho, si prefieres, de chicle, para que te sepa mejor. Por eso, vecino no solo se aplica para el que vive en la misma calle, o en la misma cuadra, o en el mismo barrio, lo es también para quienes viven en una ciudad, en un país... Y ya entrados en gastos, y en gustos, se aplica al mundo entero, que es el vecindario universal.

—¿Sí?

—Sí que sí. En la geografía del afecto el mundo es apenas una aldea. Su mapa es pequeño y en forma de corazón. Del mismo modo, las coordenadas del tiempo en él no existen. Todos vivimos en un solo tiempo, apretado y palpitante, y en él cabemos todos, todos nacemos el mismo día y año y todos

en un mismo día y año nos iremos.

Esta afirmación tenía una fuerte carga enigmática cuyo significado entonces estaba lejos de ser comprendida por mí. Solo llegué a intuir que era una manera quizá de acorralar a la nostalgia para que no fuera tan grande, sabiendo que todo estaba cerca, tanto en el tiempo como en el espacio. Y terminó Eusebio diciéndome:

—Así que vete tranquilo, muchacho, que por muy lejos que te vayas, siempre estarás muy cerca. Y vuelve cuando puedas.

Pero nunca volví. Solo ahora, traído por la nostalgia, es decir, por el nostos y el algia, el dolor del viaje tantas veces diferido de volver a casa.

Los paisajes han cambiado, los recovecos que nos servían a la orientación ya no existen. El lote antes vacío tiene ahora empotrada a la fuerza una casa; el arbusto ya es un árbol o sucumbió. Las calles que creí más anchas son en verdad pequeñas y angostas, *la calle del recuerdo es siempre la más larga*, y no sabes tú por qué. Las casas, antes altísimas como un castillo, como una torre, no pasan de tener la altura normal de todas con las que me topo a diario en cualquier lugar.

Sin embargo, la casa de Eusebio parece intacta. Allí está el techo mordido y su venda de plástico raído, el garaje cerrado, la techumbre parcial del antejardín que le da una sombra antigua. Husmeo un poco antes de tocar la puerta del garaje. Nada. Toco entonces la puerta de al lado, la principal. Al cabo de un par de eternidades se abre la puerta y una penumbra fresca, casi fría, que contrasta con el sol canicular de las calles de Cali a esa hora, viene a recibirme. De ella aparece el rostro de una mujer morena, de rostro dulce.

—Eusebio... —pregunto musitando.

—¿De parte de quién?

—De Manuel —digo, quise añadir: de su nieto-vecino, pero me pareció demasiado confianzudo con la señora que no sabía

qué parentesco podía tener con el anciano, ¿su hermana?, ¿su hija?, ¿una tía?, no lo supe porque la edad de la señora se me hizo inabordable.

—Ah, es usted. Vino por ello. —No sé si aclaré “Vine por Eusebio”, aunque preguntar por él después de tantos años entraba en el terreno de lo fantástico, pues seguramente Eusebio no era eterno, pero al parecer la señora no me oyó o le daba lo mismo, porque de inmediato añadió—: Por fin vino, pensé que nunca vendría. Siga.

—Cómo sabía usted que yo vendría y que sería yo precisamente.

—¡Hum! Eso dijo Eusebio en su lecho de muerte, y a la palabra de un moribundo uno no le pone dudas ni le pide más pruebas de qué o quién. Con que haya dicho “Llegará el día en que alguien me preguntará y vendrá por esto”, basta.

La seguí hasta la habitación lateral, es decir, el garaje. Todo alrededor de la calle afuera había cambiado de uno u otro modo, pero la casa, y ese garaje, la única habitación en la que yo había estado, permanecían congelados en el tiempo. Allí estaba, en ángulo con la pared y la puerta del garaje, el viejo estante con sus libros. Por la rendija por donde Eusebio, desde afuera, metía la mano para coger al azar algún libro, se coló una luz mortecina por el fantasma de polvo que se levantó cuando la mujer buscó en uno de los estantes.

Me pasó un cuaderno grueso con las hojas amarillentas. Traté de leer el contenido, pero era imposible mantener el hilo narrativo, sin embargo, la esencia, la almendra, el ADN de las historias que poco a poco fueron recomponiéndose también a retazos en mi memoria, estaban ahí, en esa caligrafía enredada y vetusta. Las historias no estaban completas, parecían como aquellos viejos manuscritos del Mar Muerto de los que se salvaban apenas fragmentos, hilachas de sucesos, tocaba entonces, como se hace con los huesos hallados de un

pequeño dinosaurio, hacer un trabajo de arqueología literaria y rehacerlas. Fue en ese trabajo reconstructivo, pero también creativo de mi parte, que descubrí el poder inmenso de la palabra.

En medio del cuaderno lleno de notas encontré también varias hojas sueltas con dibujos.

—Veo aquí algunos dibujos, ¿sabe usted de quién son?, ¿quién se los hizo?

—¡Hum! Sabrá Dios. Quizá hasta de él mismo son, porque en sus últimos años empezó a comportarse como un niño.

La pregunta hecha a la señora era tramposa, porque yo apenas los vi reconocí perfectamente esas ilustraciones y su autor, yo cuando niño: Un pescadito saliendo del agua, una cometa que se escapa en medio de los vientos agitados, unos pájaros coloridos, un cucarrón negro iridiscente, dos mujeres, una adulta y una niña, con cabelleras negras... Pero algo mucho más poderoso llamó mi atención. En la parte trasera del cuaderno había escrita una fecha: día, mes, año.

—¿Sabe usted qué significa esta fecha?

—La fecha exacta en que murió.

Creo que se me notó la palidez. Ella quiso ayudarme.

—No puede ser... —dije, y sin decirle que esa era la fecha exacta de mi nacimiento hace ya más de un cuarto de siglo, repetí—: No puede ser, yo estuve, no hace poco pero tampoco hace mucho, aquí, ese portón estaba abierto...

—No es posible, joven, desde entonces esa puerta nunca se abrió.

Y para comprobármelo me llevó a la puerta y me mostró el candado oxidado (*debió ser el viento, debió ser el tiempo, ambos se mueven sin que podamos controlarlos*), sellado por la herrumbre vetusta y nostálgica que lo confirmaba.

Fue entonces cuando la frase enigmática de hacía tantos años, «todos nacemos el mismo día y año y todos en un

mismo día y año nos iremos», pareció que de pronto se abrió a su sentido como si alguien hubiera dicho *ábrete sésamo...*



**M**e dediqué de lleno a la escritura de los cuentos y a su ilustración, obligado por la premura de los tiempos que imponen las ceremonias o casillas de los grados universitarios, pero, sobre todo, empujado por la deuda que con el pasado tenía y que ahora, de manera orgánica, significativa y visceral se conectaba con mi presente, reactualizado.

Una de mis preocupaciones en ese proceso fue, ¿qué nombre debía ponerle a la obra una vez la terminara? Pensé en *Los cuentos del abuelo Eusebio*, pero con cansancio comprobé que la presencia de la palabra abuelo se multiplicaba hasta el agobio, aunque seguramente ninguna obra en el mundo tendría en su título la palabra “abuelo-vecino”, como pensé modificarlo. Sin embargo, al final opté por una fórmula mucho más recurrente: usar por título del libro el nombre de uno de los cuentos, pero ¿cuál?

Me gradué con honores (pienso, incluso, participar con la obra en el concurso más importante del departamento), madre estaba orgullosa de este logro y triunfo, me lo dijo, pero no dudé ni un momento en decirle que quien estaba de verdad orgulloso de ella era yo, y no era para menos, ella había sido el artífice, el faro, el apoyo de toda esta lucha a costa de

sacrificios para que su hijo pudiera tener una carrera y quizá un destino más amable del que tuvo ella.

Entonces me abrazó y yo a ella, desde mi altura que ahora la superaba pude ver cómo su pelo negro se introducía en la catarata de mi larga cabellera que por entonces yo tenía. Pegada a mi pecho, sus ojos quedaron dentro de la noche hecha de mis greñas desarregladas. Allí, cobijada y al amparo en esa sombra que era sombra de su amorosa sombra, quedó a oscuras: era como un eclipse hecho solo para ella.

Y yo que me había especializado en la manifestación de los colores, en los tonos de la vida, en las luces y las sombras, en las claridades y oscuridades con que se manifiesta la luz, pude ver la presencia de las canas en mi madre que representaban, no solo el paso del tiempo por su ser, sino también los efectos de todas las angustias y tropiezos que junto a mí había tenido que padecer para que nuestra pequeña familia, hecha de dos, no sucumbiera.

En la teoría del color que aprendí se dice que el blanco no es un color, es un no-color, cosa paradójica porque por igual se sostiene que es la suma de todos los colores, es decir que los contiene a todos, el blanco es, entonces, un arcoíris comprimido, todos los colores que, juntos, deciden anularse, ser un no-ser para convivir en paz, en consecuencia, una ausencia de color que... ¡me recordaba el color negro! ¡Blanco y negro se juntaban, como en un tablero de ajedrez! Y en la cabeza de mamá estos dos colores empezaban a convivir, hasta que uno quizá se adueñara del otro (recordé la cabeza de Eusebio, así debió haber sido también en él), porque si el blanco era símbolo de pureza, de inocencia, de perfección, de paz, de honradez, mi madre lo tenía más que merecido.

Hice unas copias del libro, y por supuesto, uno de ellos se lo di a mamá. Cuando lo terminó de ver-leer, las imágenes y las historias, exclamó:

—¡Manuelito, reviviste a tu amigo imaginario!

—Sí, mamá, reviví a Eusebio.

Y por supuesto, otra de las copias era para compartirla, al menos, con la señora que me había facilitado el cuaderno de Eusebio, de alguna forma su coautor.

De modo que llegué al antiguo barrio, me adentré en la cuadra, busqué la casa, pero la casa por ninguna parte. Mi espíritu quizá ya lo sospechaba, pero quería de todos modos dejar en aquel lugar los cuentos que él imaginó para ese nieto que nunca tuvo porque los deberes guerreristas de una nación en ascuas le habían privado en plena juventud de su hijo antes de concebirlo, y que finalmente dejó a su nieto-vecino, yo, que los escuché de viva voz de mi abuelo-vecino, si alguna vez Eusebio llegó a existir.

*F i n*



**GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA**

*Secretaría de*

FO-M9-P3-02-V01

1.240-14.03

**CONCURSO COLECCIÓN AUTORES VALLECAUCANOS 2022.**

**VERSION XXV**

**ACTA No.1**

**Jornada de deliberación  
Jurados evaluadores Modalidad  
Literatura Infantil.**

<b>Fecha:</b> Diciembre 9 de 2022.	<b>Lugar:</b> Santiago de Cali
<b>Objetivo de la reunión:</b> Dejar constancia de la jornada de deliberación programada para el día 9 de diciembre de 2022 hora 3:30 pm, en el que de acuerdo con los puntajes otorgados por el jurado se definen las obras ganadoras en la modalidad de Literatura Infantil.	
<b>Agenda:</b> 1. Consideraciones Generales del proceso individual adelantado por cada uno de los jurados. 2. Deliberación y selección de las obras presentadas en la modalidad de Literatura Infantil.	
<b>Documentos integrales de la reunión:</b> Planilla en Excel con los puntajes promedio obtenidos como resultado de la calificación individual por cada uno de los tres jurados	

**Desarrollo:**

Siendo las 3:30 p.m. del 9 de diciembre 2022 y en cumplimiento de lo señalado en el cronograma que se encuentra en la página 14 del instructivo de la Convocatoria del XXV Concurso Colección Autores Vallecaucanos 2022, el cual fue modificado por la adenda No. 3 fechada el 24 de octubre de 2022, en la que se estableció como fechas de evaluación de las obras presentadas al Concurso del 3 de noviembre al 9 de diciembre de 2022, se realizó la jornada de deliberación a través la plataforma Meet.

En la reunión de deliberación virtual, participó la terna de jurados designados para evaluar las obras presentadas en la modalidad de Literatura Infantil las jurados: Silvia Andrea Valencia Vivas identificada con cedula de ciudadanía número 34.326.357,



FO-M9-P3-02-V01  
1.240-14.03

Paola Andrea Fernández Zapata identificada con cedula de ciudadanía número 1.144.071.091, Pilar Vélez identificada con cedula de ciudadanía número 66.808.869, quienes una vez terminado la fase de evaluación individual proceden a realizar la jornada de deliberación.

En representación de la Secretaria de Cultura del Valle del Cauca, apertura la reunión la doctora Beatriz Escobar, funcionaria a cargo de la convocatoria XXV Concurso Colección Autores Vallecaucanos 2022.

La funcionaria, presenta saludo de bienvenida y agradecimiento a la labor desempeñada por la terna de jurados y manifiesta que teniendo en cuenta que la jornada de deliberación debe realizarse por parte del jurado en espacio autónomo, les informa que de acuerdo con la información obtenida en la plataforma en la que se realizó el proceso de inscripción de las obras, el proceso de verificación y posteriormente el proceso de evaluación individual, las obras ganadoras del primer y segundo premio son las radicadas con los números 5 y 20, pero que los jurados deben en espacio autónomo definir si esos son los ganadores y efectuar sus observaciones o recomendaciones para que quede en el acta.

La terna de jurados inicia la deliberación teniendo en cuenta las siguientes consideraciones:

1. Que, para realizar la evaluación individual y luego colectiva, les fueron enviados a los jurados (10) obras, las cuales fueron habilitados, una vez superada la etapa de verificación del cumplimiento de requisitos y condiciones generales de participación.
2. Que entre el 3 de noviembre 2022 y 9 de diciembre de 2022, de acuerdo con el cronograma, la terna de jurados designadas para la modalidad de Literatura Infantil mediante Resolución No. 1.240-54-61 del 20 de octubre de 2022, realizaron el proceso de evaluación de forma individual.
3. Que los criterios de evaluación establecidos para esta convocatoria, son los siguientes:



**GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA**  
Secretaría de Cultura

FO-M9-P3-02- V01  
1.240-14.03

CRITERIOS DE EVALUACION	PUNTAJE MÁXIMO
Tratamiento: Lenguaje, voz, estructura, personajes, propuesta estética y crítica de la realidad.	30%
Conceptuales y técnicos: Conocimiento del proponente sobre la literatura infantil y juvenil, su visión de contexto, la intención de la temática y la técnica narrativa, así como la disposición y organización del trabajo para terminar la obra.	40%
Originalidad y creatividad: Construcción de un lenguaje propio que distinga la obra y dé cuenta de un proceso creativo; así como la innovación que se despliega en la propuesta de acuerdo con las características y preceptos del género.	30%
<b>TOTAL:</b>	<b>100%</b>

4. Que, de acuerdo con lo establecido en el instructivo de la Convocatoria en la página 12 "Premiación y entrega de estímulos", las obras seleccionadas en la modalidad de Literatura Infantil, se otorgaran los estímulos de la siguiente manera:

<b>MODALIDAD LITERATURA INFANTIL</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>A la obra galardonada con el primer lugar, se le otorga un estímulo por valor de diez millones de pesos m/cte. \$10.000.000, neto y la publicación de la obra. (Dentro del valor de este estímulo se encuentra incluido el pago de los derechos de autor).</li> </ul> <p style="text-align: center;"><b>PREMIO SEGUNDO LUGAR</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>A la obra galardonada con el segundo lugar, se le otorgará un estímulo por valor de \$ 5.000.000 neto. (Dentro del valor de este estímulo se encuentra incluido el pago de los derechos de autor).</li> </ul>

5. Que la terna de jurados una vez culminada su evaluación final y de acuerdo con el informe del promedio obtenido por cada obra, como resultado de las calificaciones individuales otorgadas por cada una de los jurados, se seleccionaron las dos (2) obras, que obtuvieron los mayores puntajes, las cuales se relacionan a continuación.

NIT: 890399029-5  
Palacio de San Francisco – Carrera 6 Calle 9 y 10 Teléfono: 6200000 Fax:  
Sitio WEB: [www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co) e-mail: [@valledelcauca.gov.co](mailto:@valledelcauca.gov.co)  
Santiago de Cali, Valle del Cauca, Colombia

[www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co)

#ValleInvencible



**GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA**  
*Secretaría de Cultura*

FO-M9-P3-02- V01  
1.240-14.03

La obra que ocupa el primer lugar, recibirá un estímulo por valor de \$10.000.000:

# RAD	OBRA	SEUDONIMO	PUNTAJE
5	MAMÁ Y EUSEBIO	GABRIELA	96.6667

La obra que ocupa el segundo lugar, recibirá un estímulo por valor de \$5.000.000:

# RAD	OBRA	SEUDONIMO	PUNTAJE
20	EL ESCAPE DE LOS TIGRES Y OTROS CUENTOS JUVENILES.	ABDUL BASHUR	91.3333

#### CONSIDERACIONES FINALES:

La jurado Silvia Andrea Valencia Vivas, manifiesta que:

#### “El escape de los tigres y otros cuentos juveniles”

Un gato volador, un ciervo envalentonado, un pájaro oboista, una nube viajera, un tiburón saxofonista, un dragón azul rechazado y una trapecista valiente son los personajes de historias memorables y graciosamente escritas. Un compendio de juegos de personificación y anhelos de libertad, encantadores de leer.

Un derroche de imaginación y gran calidad narrativa que invita al juego y a la creatividad, alejado de pretensiones pedagógicas y ofreciendo una experiencia estética de calidad para niños y jóvenes.

Recomendación: el cuento de Navidad, el de África y el del tío Gregorio marcan una diferencia con respecto a los cuentos anteriores, parecen para un público distinto al que se dirigían las anteriores historias. Tienen un corte más juvenil adulto, por lo que se sugiere pueda estar en otra publicación de ser el caso.

NIT: 890399029-5  
Palacio de San Francisco – Carrera 6 Calle 9 y 10 Teléfono: 6200000 Fax:  
Sitio WEB: [www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co) e-mail: [@valledelcauca.gov.co](mailto:@valledelcauca.gov.co)  
Santiago de Cali, Valle del Cauca, Colombia

[www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co)





FO-M9-P3-02- V01  
1.240-14.03



**GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA**  
*Secretaría de Cultura*

### “Mama y Eusebio”

Esta obra tiene una estructura muy atractiva: un hilo centro con historias que se van tejiendo a través de las palabras de un anciano y un niño. Las historias que cuenta el anciano bien podrían ser cuentos independientes que funcionan en sí mismos y que

no requieren del hilo conductor, sin embargo, en conjunto, hacen una bella obra cargada de un lenguaje poético y complejo (tal cual se evidencia en el texto es un interés del autor).

El narrador tiene un tono poético que hace la lectura una experiencia musical. Narra un adulto que escribe desde el asombro y la nostalgia de sus tiempos de infancia, recordando el juego, pero también quienes marcaron su camino como creador. Se nota una gran experiencia narrativa y sobre todo un interés por vincular a los jóvenes con juegos de lenguaje y potenciar sus habilidades expresivas en general.

Recomendación: hay algo que sobra o que falta para entrar en contacto directo con la esencia de la narrativa infantil: quizás un exceso de explicación, de introspección y pensamiento filosófico. No digo que los niños o los jóvenes no lo tengan, lo que creo es que el tono del texto resulta a veces demasiado reflexivo en términos explícitos, quizás se valora más por estos días que esas reflexiones queden implícitas y no explicadas a través de la voz misma de los personajes.

Y la jurado Paola Andrea Fernández Zapata, manifiesta:

#### Primer puesto:

##### “Mamá y Eusebio”

Hay un excelente manejo del lenguaje en tanto redacción, ortografía, estructura de párrafos y cohesión. El tono es interesante, ameno, cargado de figuras literarias bien logradas: sin embargo, si bien es interesante el inicio para un adulto, no sé hasta qué punto para un público infantil o juvenil utilizar cierta terminología. Por ejemplo: etimología y onomástico, aun cuando posteriormente se explique, puede no ser claro o llamativo para un público juvenil. Por su parte, las expresiones "como Pedro por su casa" son interesantes porque llevan a la cercanía y complicidad. De la misma forma, la relación con las cometas y nuestra región en el mes de agosto es idónea para

NIT: 890399029-5  
Palacio de San Francisco – Carrera 6 Calle 9 y 10 Teléfono: 6200000 Fax:  
Sitio WEB: [www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co) e-mail: [@valledelcauca.gov.co](mailto:@valledelcauca.gov.co)  
Santiago de Cali, Valle del Cauca, Colombia

[www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co)





**GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA**  
*Secretaría de Cultura*

FO-M9-P3-02- V01  
1.240-14.03

sentirnos parte de la historia. Ahora bien, entiendo que Orni-onir, la cometa- pájaro fue el elemento que construyó Manuel con Eusebio, aunque se vuelve confuso el título -o subtítulo- que aparece en la página 6. Me parece un *plot twist* maravilloso que Eusebio sea el amigo imaginario- abuelo-vecino, aunque puede ser algo tétrico también.

**Segundo puesto:**

**"El escape de los tigres y otros cuentos juveniles"**

Qué bella la figura que se puede lograr con "existencia muelle" en tanto el doble sentido de la segunda palabra. Están muy bien logradas las figuras literarias. Sin embargo, es importante resaltar que el lenguaje se debe adecuar a un público infantil y/ o juvenil y hay palabras que pueden exceder a ese público; palabras como "denuedo", "furiabundo", "refulgente", "vetusta", "terció", entre otras, si bien pueden ampliar el léxico de los muchachos, pueden resultar también ajenas y hacer que se desprendan de la historia. Es interesante el cambio entre cuentos y poesía -o cuento en verso, mejor-; no obstante, no parece tener un hilo o, en su defecto, resulta confuso. Mencionar también el Bosque de niebla de San Antonio, las orillas del río Cauca, el cerro de Pico de Loro son adecuados para el contexto en el cual nos desenvolvemos y hace amena la lectura del público objetivo. La redacción y ortografía es adecuada, solamente hay un error de digitación en la página 20 "arroyo", pero de resto, impecable.

María Del Pilar Vélez Escobar, manifiesta:

**"Mamá y Eusebio"**

Es una obra bellamente escrita y profunda. Destaco el léxico impecable y el cuidado que tuvo su creador o creadora para desarrollar un juego de hilos narrativos que logra tejer una historia con un sentido completo y tridimensional. Su lenguaje poético agrega mayor significancia a la lectura y hace que se distinga como un buen texto literario de interés para chicos y grandes. Excelente trabajo.

**"El escape de los tigres y otros cuentos juveniles"**

En general, este manuscrito ofrece un buen compendio de cuentos variados en sus temáticas, todos con planteamientos bien desarrollados, personajes claros e

NIT: 890399029-5  
Palacio de San Francisco – Carrera 6 Calle 9 y 10 Teléfono: 6200000 Fax:  
Sitio WEB: [www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co) e-mail: [@valledelcauca.gov.co](mailto:@valledelcauca.gov.co)  
Santiago de Cali, Valle del Cauca, Colombia

[www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co)

#ValleInvencible



FO-M9-P3-02- V01  
1.240-14.03



**GOBERNACIÓN  
VALLE DEL CAUCA**  
*Secretaría de Cultura*

interesantes y un excelente manejo del lenguaje y las técnicas narrativas. Denota experiencia en la escritura en prosa y verso, como lo es el cuento de los animales anómalos, obra en la que el autor o la autora hace gala de su capacidad imaginativa. Es un trabajo digno de publicación.

Siendo las 4:00 PM se da por terminada la jornada de deliberación y se suscribe la presente acta por la que en ella participaron.

Para constancia de lo anterior se firma en Santiago de Cali, el 9 de diciembre de dos mil veintidós (2022).

SILVIA ANDREA VALENCIA VIVAS,  
C.C 34.326.357

PAOLA ANDREA FERNÁNDEZ ZAPATA,  
C.C 1.144.071.091

MARIA DEL PILAR VÉLEZ ESCOBAR  
C.C 66.808.869

NIT: 890399029-5  
Palacio de San Francisco – Carrera 6 Calle 9 y 10 Teléfono: 6200000 Fax:  
Sitio WEB: [www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co) e-mail: [@valledelcauca.gov.co](mailto:@valledelcauca.gov.co)  
Santiago de Cali, Valle del Cauca, Colombia

[www.valledelcauca.gov.co](http://www.valledelcauca.gov.co)





Colección de  
*Autores Vallescaucanos*  
Premio Jorge Isaacs 2022

ISBN 978-628-95365-3-9

